

Análisis de casos. La protesta social en Argentina	Titulo
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Compilador/a o Editor/a	Autor(es)
OSAL, Observatorio Social de América Latina (no. 5 sep 2001)	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2001	Fecha
	Colección
Sociedad Civil; Conflictos Sociales; Protesta social; Argentina;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/osal/20110210065134/2analisis.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Seguí buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



La protesta social en Argentina



Claudio Lozano

Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea

Ana C. Dinerstein

*El poder de lo irrealizado.
El corte de ruta en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización*

Adrián Scribano y Federico Schuster

Protesta social en la Argentina de 2001: entre la normalidad y la ruptura

**Ricardo Spalteberg
y Verónica Maceira**

Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina

Gloria Rodríguez

*Un "Rosario" de conflictos.
La conflictividad social en clave local*

Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea

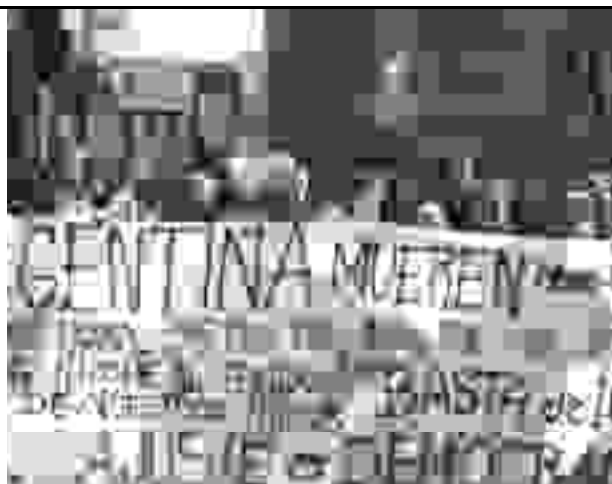
Por Claudio Lozano*

E

s objeto de estas notas presentar elementos que permitan dimensionar las condiciones que exhibe la crisis actual de la Argentina con el fin de situar adecuadamente el carácter, los contenidos y perspectivas que se le plantean a la protesta social en este país. Es imprescindible para esto situar algunas definiciones en torno al proceso estructural, ubicar en ese marco las políticas que implementa hoy el oficialismo gobernante y observar el contenido que adoptan las luchas de confrontación con el rumbo hoy dominante. Esto permitirá a su vez observar las diferencias sustantivas que distinguen al momento actual respecto de la última crisis profunda vivida en 1989.

Es imposible pensar la Argentina sin definir la crisis actual como una crisis de régimen, cuyos cimientos fueron plasmados en 1976 y cuyos rasgos se consolidaron durante la década menemista y se perpetúan hasta el gobierno actual. Régimen instituido por vía del ejercicio de la violencia que los sectores dominantes ejercieran sobre los cuerpos en el marco dictatorial (genocidio), que mantuvieran por vía del ejercicio del poder que detentan sobre la economía a través de la violencia de la moneda (hiperinflación), y del disciplinamiento social que supone la vigencia de elevadas tasas de desocupación. El cuadro de violencia descrito, acompañado por el importante papel que cumpliera la corrupción como mecanismo capaz de cooptar a parte sustantiva de la dirigencia política y social, así como el retroceso generalizado que a nivel internacional y local tuvieron las concepciones sostenidas en estrategias emancipatorias y revolucionarias, permitió que el régimen de dominación lograra a comienzos de 1990 un razonable nivel de consolidación expresado en la vigencia hegemónica del discurso y las prácticas dominantes. Sin embargo, la crisis actual exhibe al orden dominante en la más absoluta incapacidad de reproducirse bajo condiciones elementales de consenso.

* Director del Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). Secretario de Estudios y Formación de la CTA.



■ El marco estructural de la crisis actual

La puesta en marcha de la estrategia neoliberal en nuestro país, que data de 1976, supuso el abandono del modelo de acumulación centrado en la sustitución de importaciones, fundado en el desarrollo industrial y cuyo destino principal era el abastecimiento del mercado interno. En su reemplazo se afirmó en la Argentina un nuevo régimen cuya característica principal es la valorización financiera y la transferencia de recursos al exterior. Dicho régimen supuso un cambio en la función que cumplía el endeudamiento (fundamentalmente externo) que se transformó en una opción para tomar fondos en el mercado internacional y relocalarlos, en términos financieros, en el mercado local obteniendo altos rendimientos y, consecuentemente, subordinando a esta lógica el conjunto de las actividades económicas. Por otra parte este predominio de la inversión financiera en detrimento de la productiva, en tanto se dio en un marco de apertura al ingreso de importados, indujo al extremo la destrucción del aparato productivo y consumió la desindustrialización con la consecuente expansión del desempleo y la reducción de los ingresos. Para dimensionar la magnitud de la crisis provocada por los efectos del ciclo largo de vigencia neoliberal en la Argentina, baste con señalar que este país tenía en 1975 unos 22 millones de habitantes y 2 millones de pobres, mientras que hoy con 37 millones de habitantes se cuentan 14 millones de pobres. Es decir, que

de los 15 millones que explican el incremento poblacional del último cuarto de siglo, 12 millones cayeron bajo la línea de la pobreza, dato que permite mensurar el carácter de la involución y regresividad social vigente.

Este planteamiento no estaría completo si no se destacaran, además, el papel que cumplió el estado y la diferencia que se opera en la década del noventa. Respecto a lo primero, el estado funcionó viabilizando esta lógica de valorización financiera, particularmente a través de tres tareas: a) estatizó la deuda privada de los grandes grupos empresarios que realizaban la valorización financiera; b) mantuvo un déficit que al reclamar financiamiento elevaba la tasa de interés local por sobre la internacional y viabilizaba las condiciones para la obtención de una renta extraordinaria; c) se endeudó para garantizar los dólares necesarios que permitieran el mantenimiento de un comportamiento de los grandes grupos empresarios caracterizado por sacar fuera del país más divisas que las que ingresaban. Por lo expuesto, el proceso de valorización financiera y transferencia de recursos al exterior sólo fue posible en tanto se sostuvo por una permanente apoyatura fiscal. Es más, al transcurrir dos décadas y media de este funcionamiento, lo que se observa es un estado casi absolutamente condicionado por los intereses y restricciones que esta lógica impuso.

6

Respecto a la diferencia que se observa en la década de los noventa, corresponde destacar la incorporación del desguace estatal (privatizaciones) como un mecanismo que acompañó al régimen de valorización financiera permitiéndole tanto al gran capital local como al externo avanzar sobre parcelas de la economía vigente obteniendo nuevas alternativas de valorización sostenidas en un proceso que trastocaba la otrora vigencia de determinados derechos de carácter público en un objeto más del proceso de acumulación de capital. Este hecho permitió nuevas condiciones de asociación entre las distintas fracciones del capital, garantizó el ingreso de importantes niveles de inversión extranje-



ra, y –acompañado por el cambio en las condiciones internacionales y el replanteo de la deuda en el marco del Brady– posibilitó la contención del proceso inflacionario, indujo el aumento en los niveles de actividad económica respecto a la absoluta caída que se observara en la década del '80, y permitió la obtención de nuevo endeudamiento externo. No obstante, la profundización de la apertura comercial y financiera, la desregulación y el proceso privatizador terminaron de consolidar un esquema que exhibe tres características básicas:

- Un nivel de regresividad distributiva de tal magnitud que ha terminado pulverizando el mercado interno de demanda masiva y que adopta una mayor relevancia en un contexto internacional recesivo. Recordemos que de acuerdo al Instituto Nacional de Estadísticas y Censos el 10% de la población más rico se apropia de, aproximadamente, un 39% del ingreso nacional, y que las estimaciones privadas que toman en cuenta la subdeclaración propia de los sectores de mayores ingresos llevan este porcentaje a un 48% del ingreso total.
- Una estructura de precios que determina altas ganancias en los sectores de los servicios públicos privatizados y en el financiero, en detrimento del sector productivo. Este, con la sola excepción de algunos contados casos asociados a la explotación de ciertos recursos naturales, vive un claro proceso de discriminación frente al valor de la producción importada.
- Una lógica de funcionamiento económico donde las posibilidades de crecimiento de la Argentina son *deuda-dependiente*. Esto se verifica en tanto el crecimiento implica una mayor compra de productos en el exterior en relación a la que se vende; una elevación sustancial de la transferencia de utilidades (dado el peso que tiene el capital extranjero); un aumento de los pagos en fletes y seguros; un incremento de la pérdida de divisas debido al gasto de turismo en el exterior y la multiplicación de los montos asociados a la fuga de capitales que, de manera sistemática, realizan los agentes más importantes de la economía local. Lo expuesto, que ni siquiera computa los dólares necesarios para afrontar el stock de deuda externa que ya tiene el país, sirve para indicar la abultada insuficiencia de dólares que exhibe la economía local.

Es fácil percibir que el desarrollo de este proceso no sólo profundizó la crisis social y la injusticia en términos distributivos sino que a su vez llevó al extremo las condiciones de fragilidad fiscal y de deterioro del país en términos de su balance externo (disponibilidad de divisas). No obstante, lo más importante a precisar es que durante todo este tiempo el endeudamiento público en la Argentina posibilitó

la realización de ganancias extraordinarias en moneda dura (dólares) por parte de la cúpula empresarial exitosa de este tiempo. Nos referimos a los principales grupos empresarios locales, a las empresas transnacionales, a los grandes bancos y (agregándose en la década del noventa) a los dueños de las empresas privatizadas.

En este sentido, cada vez que por razones externas-internas o la conjunción de ambas el acceso al crédito se interrumpe, el mencionado orden es puesto en crisis y la Argentina afronta momentos de ruptura o de colapso. Así ocurrió en 1982 (cambio en la situación internacional), en 1989 (por razones internas que se expresaron como quiebra fiscal e hiperinflación), en 1995 (por el denominado efecto Tequila), y vuelve a darse desde mediados de 1998 como efecto de la crisis mundial para agudizarse durante el año 2001 en el marco de un cuadro expreso de insolvencia externa (las divisas que el país genera no alcanzan para afrontar los compromisos existentes). Es decir, nuestro país se encuentra una vez más en una situación de agotamiento del régimen de valorización financiera y, en esta perspectiva, en un momento de ruptura similar (desde el punto de vista económico) a los que se dieron en los años que se mencionaron precedentemente.

■ La política del déficit cero

En el marco expuesto, el gobierno ha puesto en marcha un dispositivo de política económica que ha sido bautizado como déficit cero. Esta propuesta tiene como objetivo expreso mantener a la Argentina en un cuadro de hiper-recesión a la espera de obtener algún tipo de oxígeno financiero externo en el marco de un proceso de reprogramación de la deuda. El cuadro hiper-recesivo es el único capaz de compatibilizar la situación vigente con el respeto estricto de las condiciones de la política económica actual y el mantenimiento taxativo de las reformas estructurales realizadas que, como ya describiéramos, han conformado el carácter deuda-dependiente del esquema económico local.

Al reducir salarios y jubilaciones que dependen del estado nacional, esta política deprime aún más los ya magros niveles de demanda doméstica y profundiza la caída en los niveles de precios internos y consecuentemente en la actividad económica, lo que agudiza el desempleo y obliga a la rebaja salarial en el sector privado. Es una estrategia que supone un proceso de **recesión-deflación-caída salarial** promoviendo una **devaluación inversa**, es decir, que precios y salarios caigan respecto al nivel actual del dólar vigente.

A su vez, como lo expuesto provoca un descenso en la recaudación fiscal (asociada en los niveles de actividad), la estrategia se ve alimentada una y otra vez. Este cuadro, ade-

más de permitir el mencionado proceso de devaluación inversa, deprime al extremo los niveles de consumo importado y el volumen de excedentes a ser dolarizados por distintos conceptos (utilidades, fuga, etc.) permitiendo **la mejora de la balanza en cuenta corriente** a través de la **expansión del saldo comercial** y la obtención de dólares genuinos que reduzcan la necesidad de nuevo endeudamiento externo.



Por otra parte, al presionar una y otra vez hacia la rebaja del gasto público en razón de la caída en la recaudación, la propuesta de déficit cero induce la necesidad de pasar de reducciones transitorias (bajas salariales o de jubilaciones) hacia transformaciones estructurales que se consuman de hecho (desarticulación de organismos por desfinanciamiento, replanteo de la relación Nación-Provincias, supresión de contratos, despidos, privatización sanitaria y educativa).

Esta concepción se articula, de esta manera, con los intereses de los dueños de los bonos de la deuda pública argentina, de los grandes bancos y de los dueños de las empresas privatizadas, incluso en tanto toma un rumbo que hace mínimas eventuales pérdidas ante la posibilidad de una alteración cambiaria (devaluación). No obstante, corresponde observar que al mismo tiempo esta alternativa no logra asociar al conjunto del bloque dominante. Los cambios en términos de las relaciones monetarias en el mundo y las devaluaciones en Brasil han recortado la rentabilidad de los grupos empresarios con inserción exportadora al tiempo que la depresión del mercado interno, la ausencia de mercado asociado al gasto público y la recesión mundial definen un panorama poco alentador. Si bien la propuesta en curso pretende contener a estos sectores a través del proceso de devaluación inversa y por vía de la reducción del aparato del estado, lo cual supone la necesidad final de una menor

presión tributaria, este proceso es demasiado lento o es rápidamente absorbido por las devaluaciones que viven los países vecinos, y amenaza con dejar a algunos de los grupos empresarios en el camino.

Como último aspecto a señalar, debe destacarse el profundo impacto que en términos de conflictividad social tiene la política en curso. En este sentido, el proceso de deslegitimación del discurso oficial y del gobierno es sumamente importante, al punto que la implementación de la estrategia en vigencia ha obligado a un deliberado cierre del funcionamiento del estado de derecho por vía de un proceso de delegación de las principales facultades parlamentarias en el Poder Ejecutivo, del supino desconocimiento de aquellos fallos judiciales que pudieran afectar la continuidad de la política vigente, y de la detención y expreso procesamiento de aquellos dirigentes sociales que pretendan canalizar el descontento social. Debe consignarse también que en el contexto mencionado se ha operado un proceso significativo de movilización social en cuestionamiento al rumbo descrito que se ha expresado en todo el país y con niveles de adhesión sumamente significativos. En algún sentido, puede afirmarse que el tipo de conducción de la crisis económica que se adopta traslada la situación de colapso o ruptura que podría darse en los términos de la actual política económica al campo social e institucional.

“...corresponde enfatizar que la recesión no es una consecuencia no deseada ni un equívoco de la política en vigencia. Es el objetivo de la intervención en marcha.”

b. A diferencia de lo ocurrido en 1989, donde el agotamiento del régimen económico y las contradicciones que esto suponía se resolvieron en el marco de la contienda hiperinflacionaria, con la apertura de un nuevo contexto internacional que replanteó las condiciones y permitió la expansión del endeudamiento y con la posibilidad de la nueva oleada de negocios que expresara el proceso privatizador, hoy, la presente crisis pretende ser conducida por vía del sostenimiento de una estrategia hiper-recesiva. En este sentido, corresponde enfatizar que la recesión no es una consecuencia no deseada ni un equívoco de la política en vigencia. Es el objetivo de la intervención en marcha.

c. En tanto la característica del régimen de acumulación financiera consiste en permitir la realización de ganancias extraordinarias por parte de la cúpula empresarial, el agotamiento de este esquema supone en principio que no toda la cúpula podrá mantener la realización de las mencionadas ganancias extraordinarias. En este sentido, debe entenderse lo expuesto como la emergencia de una contradicción al interior del bloque dominante. Contradicción que no es resuelta por la vía de la aplicación de la política en vigencia (déficit cero) ya que son significativos los sectores empresariales (no nos referimos a los pequeños sino a los grandes) que exhiben situaciones de crisis en el presente contexto. A diferencia de la crisis del '89, donde también había una contradicción en el bloque dominante que oponía los intereses de los acreedores extranjeros con los de la cúpula empresarial local, hoy la fractura es más compleja y se evidencia al interior de los propios integrantes de la cúpula local (ésta se expresa en el lugar que ocupan hoy dentro de la misma los consorcios que controlan las áreas privatizadas y en la menor presencia que tienen hoy los grupos integrantes de la cúpula histórica de la Argentina en el sistema financiero). Asimismo, si bien los organismos internacionales y el propio tesoro norteamericano acompañan la experiencia del déficit cero, la situación externa revela modificaciones que diferencian seriamente el momento actual del vigente en 1989. Por un lado, al observarse un cuadro recesivo que afecta a los tres polos del mundo desarrollado (EE.UU., Unión Europea y Japón) puede presumirse que ingresamos en una etapa de mayor racionamiento crediticio. En este marco es que deben entenderse las definiciones del Tesoro Norteamericano señalando la importancia de asociar las asistencias financieras a los países emergentes con condiciones de verdadera sustentabilidad (las supuestas propuestas de reprogramación). Por lo tanto, de lo que estamos hablando es de un mayor racionamiento crediticio asociado a

■ **El carácter de la crisis y la protesta social** **Las diferencias con la situación de 1989**

Retomamos lo expuesto en los puntos anteriores a efectos de caracterizar la particularidad que en términos políticos observa la crisis actual. Esta muestra:

a. Al igual que en 1982-1989 y 1995, el régimen de acumulación financiera implantado en 1976 se encuentra al borde del colapso o la ruptura. Como ya se explicara, el punto en común supone la imposibilidad de seguir financiando por medio de la expansión del endeudamiento, y puntualmente de la deuda pública, la realización de ganancias extraordinarias en moneda dura. Como es lógico, todo punto de ruptura supone la emergencia de conflictos al interior del bloque dominante cuyas características y formas de resolución pueden variar. Por cierto, estas formas (que determinan cuáles son los intereses que terminan primando al interior de los poderosos) no son neutrales respecto a su impacto en términos de mayor regresividad distributiva.

mayores condicionalidades (por ejemplo: ALCA) que además, dado el nuevo contexto bélico, seguramente incorporarán elementos de carácter político y no sólo económico.

d. A diferencia de lo que ocurría en 1989, se observa una crisis importante en el sistema político tradicional. No hay hoy una opción que aparezca recuperando legitimidad plena y concitando las expectativas y la movilización del conjunto de los sectores populares como en aquel momento ocurriera con el justicialismo. Lejos de ello se observa (y las recientes elecciones lo demostraron) la ya mencionada crisis de representación política. En este sentido la coyuntura exhibe los siguientes aspectos:

- Profunda ilegitimidad de las políticas económicas vigentes que se expresaron en el terreno electoral en la catastrófica performance oficial (la Alianza gobernante perdió 5.405.022 votos en sólo dos años).
- Crisis del sistema de representación que se expresa por un lado en la dificultad del principal partido de oposición (el justicialismo) para absorber la pérdida de votos del oficialismo quedando incluso por debajo de su performance en las últimas dos elecciones. Obtuvo 1.119.587 votos menos que en 1999, y 440.631 menos que en 1997.
- Crisis que se manifiesta a su vez en la sistemática expansión que desde 1989 en adelante se observa en la sumatoria de quienes dejan de votar (nuevos ausentes), quienes anulan su voto y quienes votan en blanco. Para el caso del comicio reciente, el total de nuevos votos ausentes (3.652.872), de voto nulo (2.358.291) y de votos en blanco (1.512.920), asciende a 7.524.083. Agregado éste que representa el principal a nivel nacional, mayor incluso que el obtenido por el partido triunfante en las elecciones (justicialismo).
- Crisis de representación que no habla de una participación escasa de la sociedad, ya que se da en un contexto de fuerte movilización social en repudio a las estrategias de ajuste vigentes. Debe destacarse que a diferencia de lo que ocurría a comienzos de 1990 cuando el paradigma neoliberal aparecía como incuestionable, hoy los criterios de bien y de verdad que socialmente lo sustentaron están puestos en crisis.
- Crisis de representación que se agudiza al observarse que incluso las estructuras políticas tradicionales (radicalismo y justicialismo) tienden a articular su discurso con los objetivos de las facciones del bloque dominante que resultan postergadas en el presente contexto. Cuestión que amerita y justifica el embate y la importancia que ha adoptado el discurso de aquellos sectores

mas ligados al proyecto actual sobre la necesidad de bajar el costo de la política y reformarla en profundidad.

e. A diferencia de lo que ocurría en 1989, la movilización social se expresa por vía de organizaciones que exhiben autonomía respecto a las estructuras políticas tradicionales y que adoptan formas novedosas y de mayor radicalidad. En este aspecto, merece destacarse especialmente la emergencia de fenómenos sociales en el Gran Buenos Aires (distrito decisivo para la gobernabilidad del presente régimen de dominación) que se canalizan claramente por fuera de las estructuras políticas tradicionales y particularmente del Partido Justicialista y la CGT afín al mismo. Diferencia central respecto al contexto del '89, donde el peronismo en su renovado accionar privatista y desregulador mantenía una elevada capacidad de control sobre el conflicto social. El fenómeno de los piquetes de trabajadores desocupados articulado con la resistencia de actores sindicales y sociales que expresan el



fenómeno de involución de las capas medias (docentes, estatales, estudiantes, profesores universitarios, pequeños y medianos empresarios, etc.) y que discuten nuevas formas orgánicas (una nueva Central de Trabajadores, nuevos modos de organización gremial y empresarial), así como la creación de nuevas experiencias de construcción política como las impulsadas por el denominado Frente Nacional Contra la Pobreza¹, son expresión de lo expuesto.

En suma, las contradicciones vigentes al interior de los sectores dominantes y la evidencia de una mayor capacidad de resistencia (aún sectorial y defensiva pero en autonomía) por parte de los sectores populares, configuran un cuadro (novedoso respecto a la crisis del '89) donde lo que se despliega es una crisis de hegemonía de los sectores dominantes. La conclusión que surge de los elementos considerados es que las condiciones que le permitieron a estos sectores el ejercicio hegemónico del poder sobre la sociedad argentina están agotadas (se usa aquí la noción de hegemonía remitiendo a la idea básica de *poder presentar como natural para el destino del conjunto el interés proyectado de unos pocos*).

Estas condiciones, que como ya se expresara, se afirmaran durante la primera mitad de los noventa, son las que han desaparecido. En este nuevo contexto y en un marco de hiper-recesión que potencia la conflictividad es que debe pensarse la situación y la perspectiva de la protesta social en la Argentina. Contexto que define, una vez más, que el ciclo largo de reestructuración política, social y económica abierto en 1976 no ha logrado consolidarse.

Los recientes resultados electorales están lejos de dar solución a esta circunstancia. Más aún, la primera conclusión a sacar es que la derrota estrepitosa del partido oficial y la manifiesta crisis de representación que las urnas evidenciaran, no hacen más que profundizar la crisis de los sectores dominantes. En primer lugar, por que ilegítiman el mantenimiento del rumbo actual. En segundo término, porque el partido de oposición triunfante revela notorias disfuncionalidades en su discurso y en sus prácticas respecto a las facciones que en el campo dominante conducen hoy el camino de salida. Lejos de ello, las posturas que enarbola se inscriben en el planteo que vienen efectuando desde hace algunos años los grupos exportadores integrantes de la cúpula histórica local. En tercer lugar, porque la fuerza política de la derecha que hasta la elección pasada había logrado ubicarse como tercera fuerza nacional, concentrando su caudal de votos detrás del actual Ministro Cavallo, se encuentra diezmada, dispersa y ha sido desplazada en términos institucionales de dicha posición.

En inverso sentido respecto a lo que los datos electorales suponen para el bloque dominante, la ilegitimación del rumbo oficial y el cuestionamiento por vía del ausentismo,

el voto nulo y el blanco, de prácticas políticas que han hecho una rutina del fenómeno del desconocimiento del mandato, abren un terreno de mayor potencialidad para la afirmación de nuevas estrategias políticas que pongan en debate el modelo vigente. No obstante, y del mismo modo que en el campo de la protesta social emerge como límite el carácter defensivo y sectorializado del cuestionamiento al régimen, en el terreno electoral se percibe un elevado nivel de fragmentación en las estrategias que cuestionan el rumbo actual y una evidente dificultad para poder encarnar prácticas nuevas de construcción capaces de conmovier y desplazar el efecto *desaliento* que la experiencia Alfonsinista-Peronista-Aliancista impone sobre la conciencia colectiva.

Por último, los signos manifiestos de ruptura en la hegemonía dominante determinan que cualquier intento de avanzar en el rumbo vigente sin incluir, por lo menos en parte, la demanda social, obligará a profundizar las restricciones ya existentes en el estado de derecho y a ilegalizar en mayor medida aún el conflicto social. Asimismo, dada la ausencia de consenso con eventuales salidas represivas, si la protesta social logra superar su carácter sectorial y defensivo para poder presentarse de manera conjunta y como estrategia colectiva, la crisis de hegemonía puede abrir paso a una crisis mayor del bloque dominante (orgánica) que permita alumbrar la afirmación de una nueva perspectiva en la Argentina.

■ **Notas**

1 El Frente Nacional Contra la Pobreza se presenta como un espacio de confluencia de organizaciones de diverso tipo (sociales, sindicales, de derechos humanos, partidarias, eclesiales, culturales, etc.) articuladas en torno a una propuesta que ubica como clave principal de la sociedad argentina la problemática de la desocupación y la pobreza. La confluencia en torno a una propuesta de resolución de la crisis que pone en el centro de la escena la problemática de la distribución justa del ingreso, que organiza de manera conjunta a sectores sociales y partidarios y que promueve para el próximo 13 de diciembre una consulta popular con el objeto de organizar a la sociedad en torno a dicho objetivo, es una de las características novedosas que esta experiencia plantea en el contexto actual.

El poder de lo irrealizado. El en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización

Por Ana C. Dinerstein*

E

l conflicto social en Argentina ha sufrido, en los últimos diez años, una tremenda transformación cualitativa. Lo que comenzó siendo manifestaciones de protesta espaciadas, localizadas y muchas veces espontáneas frente a la injusticia de la reestructuración neoliberal a comienzos de los años '90, se convirtió, a fines de esa década, en una *nueva forma* de resistencia: el *corte de ruta* (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2001). Particularmente desde julio de 2001, la expansión y organización de los *cortes* a nivel nacional se ha desarrollado de forma inversamente proporcional a la crisis y decadencia del gobierno de de la Rúa. Nacido en el seno de las políticas de estabilización y de ajuste económico en el contexto de la mundialización, el *corte* se yergue contra la violencia que subyace a la lucha por la "estabilidad", cuestionando ya no la viabilidad de dichas políticas sino la de la sociedad Argentina. El *corte* comparte el significado político de las luchas antimundialización: la reinención de la política como lucha contra la desaparición virtual.

■ Reificación y Anarquía y la producción de formas de resistencia

El capitalismo no constituye un orden establecido sino un conjunto de relaciones sociales anárquicas relativamente organizadas. La anarquía del capitalismo se debe a su violencia fundante: la explotación de los humanos en pos de la reproducción del capital. La relativa organización coadyuva a negar esta violencia esencial y a reificar a un "sujeto ciego": el capital (Postone, 1996). La valorización del capital no es un proceso económico racional sino un circuito político de dominación (Cleaver, 1992) que implica una perma-



nente lucha por la subsunción real de la sociedad en el capital (Negri, 1989) y la desmaterialización (desensualización) de nuestra capacidad de actuar y crear en una sustancia homogénea llamada trabajo abstracto, que constituye la sustancia del valor. La producción de valor es mediada por formas sociales objetivas (políticas, económicas y sociales) y subjetivas. El estado, las formas del dinero, las leyes, así como las identidades, las organizaciones y estrategias de resistencia, son permanentemente renegociadas en el marco de la lucha por lograr cierto *orden* que organice la dinámica expansiva del capital. La producción de formas de la subjetividad social no debe considerarse como externa a la producción del capital, sino inherente a dicho proceso. La valorización del capital y sus transformaciones no "afectan" a las personas sino que *las constituyen en sujetos sociales*. Un ejemplo de esto es la creación social de los "desocupados" en Argentina en los '90, que constituyen un gran componente cualitativo del corte de ruta (c.f. Iñigo Carrera y Cotarelo, 2001).

Desde esta óptica, la *lucha de clases* no es simplemente una lucha del capital por explotar al trabajo a nivel de la

* Politóloga, UBA; Doctorado en Sociología, Warwick. Docente e investigadora en el Departamento de Ciencias y Políticas Sociales, Universidad de Bath, Inglaterra, e-mail: A.C.Dinerstein@bath.ac.uk

producción, o sobre la distribución de la riqueza social, sino *una lucha alrededor de la constitución de las formas de existencia y resistencia social*. Esta lucha es indirecta, mediada, y *aparece* bajo la forma de crisis de las mediaciones: de las identidades sociales, de la ideología, del estado, de la economía, de mercado, del poder sindical. Este es el problema político fundamental del capitalismo: las relaciones de explotación y la dominación son mediadas. Las transformaciones de las formas políticas, sociales, económicas y subjetivas que median la producción y expansión del capital se expresan a través de una multiplicidad de (de)reconstrucciones incapaces de ser resueltas por medio de políticas unidimensionales. Un conflicto social es el *lugar de conjunción* de estas múltiples dimensiones de la lucha por y contra determinadas formas de subjetividad social. Un conflicto social constituye la “puerta de acceso” (Seoane y Taddei, 2000: 61) a un *jeroglífico* que bien leído *permite* captar simultáneamente la dinámica del todo y cada una de las dimensiones que lo constituyen, para explorar la lógica que subyace a la organización precaria de la violencia capitalista, en determinado momento histórico.

■ De la desaparición física a la desaparición virtual: la violencia de la estabilidad

La novedosa arma del terrorismo de estado fue la *desaparición física*, utilizada para liberar al capital del peso y costo de las utopías revolucionarias latinoamericanas de los años '70. Esta forma directa de “desmaterializar” al oponente, facilitó la transformación del capital también en las formas más *abstractas* de todos los tiempos: la fuga de capitales, la destrucción de la capacidad productiva de la industria nacional, la creación de la deuda externa, la especulación financiera, la toma de crédito ilimitado. Así, la invisibilidad de los oponentes dio lugar a una ruptura fundamental hacia la era del abismo, de la *intensificación de las abstracciones*: liquidez, financiarización, déficit fiscal, riesgo país, desempleo encubierto. Dicho proceso de intensificación de los aspectos abstractos del capital fue sustentado por procesos concretos de explotación, regresión en la distribución del ingreso, traspaso de recursos económico-sociales a nuevos grupos económicos transnacionalizados, la consecuente generación de niveles de pobreza, precariedad y desempleo inusitados en Argentina.



La democracia posibilitó la materialización y visibilidad de la desaparición. La acción política de los movimientos sociales, sindicales y de derechos humanos, como el de las *Madres de Plaza de Mayo*, ayudó a la recuperación de la *concretez* de aquello que había sido forzado a sumergirse en un mundo de *abstracción* e irrealdad, es decir, la desaparición física, la represión y la pobreza oculta de miles. Sin embargo, la *transición* a la democracia desencadenó una multiplicidad de batallas por y contra la centralidad de la praxis frente a la del dinero que adquirió la forma político-discursivo-ideológica (mundialmente expandida) de *política versus mercado*. Los episodios hiperinflacionarios del '89 cristalizaron el punto culminante de la *otra* transición: del terrorismo de estado al terrorismo del dinero (Marazzi, 1996) y la paulatina legitimación y rutinización de este último bajo el curioso nombre de *la estabilidad*.

En los '90, en un contexto mundial ya disutópico, el Mememismo se constituyó en una nueva forma de organización de la violencia depredadora del capitalismo, esta vez *vía incertidumbre e inestabilidad*. El control de la hiperinflación en 1991, como requisito fundamental para generar previsibilidad y estabilidad ante las nuevas reglas del mundo globalizado, fue considerado un milagro. La *estabilidad* se impuso como metaexplicación basada en un mito: que el control del movimiento del dinero global y el capital nacional constituiría el punto de partida para el mejoramiento del presente con miras a planear el futuro. El plan de convertibilidad fue el alfiler de seguridad del ajuste salvaje basado en la privatización, descentralización, desregulación, liberalización, mercantilización, flexibilización, precarización. La lucha institucional por mantener la estabilidad devino parámetro de regulación de la vida social (Dinerstein, 2001a, 1997).

El poder político del corte de ruta

Como se sabe, los planes de ajuste y *estabilización* generaron irónicamente formas de inestabilidad, inseguridad e incertidumbre individual y social antes inimaginables en Argentina. El Menemismo legalizó dichas formas, endiosó al capital y celebró las ideas del fin de la política para dedicarse a administrar la miseria social inherente a su consolidación. La desaparición física de las personas fue reemplazada por procesos conducentes a su *desaparición virtual*.

El poder político del corte reside en conjurar y exorcizar cuatro de los mitos más importantes de la religión Menemista (y De la Ruista).

Primero, el corte muestra que la *estabilidad es inestable*, violenta, incierta, destructiva. La inestabilidad de la estabilidad no yace en las crisis económicas sino en la creación de un presente insoportable y un futuro impensable, por medio

de la recreación constante de la incertidumbre acerca de la realización material y espiritual concreta de nuestra propia vida. La imposibilidad potencial de realización no es un efecto "no deseado" de la estabilidad, sino su componente más importante (no olvidemos que la

anarquía es el paraíso del capital). Las nuevas formas de la resistencia nacidas en el seno de la estabilidad constituyen un límite a la violencia de la estabilidad basada en la desaparición virtual. El *corte* frena, bloquea, visualiza, materializa, limita la inseguridad y la incertidumbre.

Segundo, la forma física y directa del *corte* cuestiona la noción de consolidación de la democracia *con* exclusión social (Acuña, 1994). El fin de los golpes de estado en los '80 y '90 en América Latina ha sido logrado por medio de la legitimación del terrorismo del dinero. La democracia es ahora un conjunto de reglas que se mantienen *no aunque con* sino *gracias a* la exclusión social. El *corte* reinventa las formas de la política, y relocaliza la importancia de esta última en el seno de las infinitas abstracciones de la economía y las también infinitas conceptualizaciones de la sociología.

Tercero, el *corte* cuestiona la noción sociológica de *exclusión social*. El mundo de la subsunción real, donde "el capital ha devenido la fuerza dominante capaz de determinar la forma de la sociedad como un todo" (Marx: 1023) ya no permite externalidades: la producción de determinadas formas de existencia humana social *ha sido colocada ahora en el centro de producción del capital mismo*. La subjetividad es un aspecto integrado al capital (Aragues, 1995; Dinerstein, 2000). El *corte* es prueba fehaciente de que el capitalismo no se ha vuelto simplemente *excluyente*, sino que ésta es una metáfora desafortunada que describe nuevas formas de subjetividad social producidas *al interior* del capitalismo actual, como por ejemplo el desempleo, pero que se han vuelto *invisibles* para las ciencias sociales en general que padecen de tremendas dificultades teóricas y metodológicas para leer la importancia política de estas nuevas formas que conforman una crítica viviente al capitalismo actual en Argentina.

"El corte reinventa las formas de la política, y relocaliza la importancia de esta última en el seno de las infinitas abstracciones de la economía y las también infinitas conceptualizaciones de la sociología."



Finalmente, el *corte* nos permite cuestionar la distinción tradicional entre resistencia global y local. Una de las características fundamentales de las formas actuales de acumulación del capital a nivel mundial es la intensificación del desarrollo desparejo de diferentes regiones del mundo cuya demarcación no siempre coincide con los espacios nacionales. Esta fragmentación (Houtart, 2001) se combina con la creciente dificultad de los estados nacionales de implementar políticas regionales que homogeneicen dicho desarrollo desparejo. La importancia de las luchas diversas se debe a su *capacidad de síntesis de una dinámica mundial* que articula aspectos concretos y abstractos en una forma social. Este último punto es importante para ubicar al corte de ruta en Argentina como parte del movimiento de resistencia mundial.

■ **El corte y el movimiento de resistencia contra la mundialización: el poder de lo irrealizado**

Las políticas de estabilización y ajuste económico en Argentina forman parte de una reestructuración mundial caracterizada por la intensificación de los aspectos abstractos de las relaciones sociales capitalistas por sobre los concretos. En este sentido, el corte de ruta comparte algunos elementos con las luchas anti-mundialización.

El capitalismo articula aspectos concretos y abstractos de las relaciones sociales fundamentados en la existencia concreta y abstracta del trabajo. A partir de los años '70, ha habido un cambio *cualitativo* en el mundo capitalista: la in-

tensificación de la subsunción real de la sociedad mundial a la lógica autoexpansiva y anárquica del dinero global donde nadie está realmente en control.

Esta intensificación de los aspectos abstractos sobre los concretos es un proceso real que ha sido descrito como "hegemonía de la dimensión financiera" (Ferrer, 1999: 94), "creciente inmaterialidad, donde lo abstracto es más verdad que lo concreto" (Negri, 1992: 73), un mundo donde "la liquidez... ha producido un movimiento en espiral fuera de control" (Harvey, 1999: 163), un nuevo "imperio" expansivo donde la producción de valor es inmensurable (Hardt y Negri, 2000), etc.

Si bien la llamada financiarización del capital sólo puede sostenerse con la explotación de millones con miras a la obtención de plusvalía absoluta reproduciendo así la sociedad de clase, la globalización no puede ser comprendida solamente en términos de su concretez, es decir, como una "estrategia política poderosa" (Meiksins Wood, 2000: 112). El reconocimiento de la preeminencia de los aspectos abstractos del capital sobre los concretos resulta crucial a la hora de analizar los procesos políticos y económicos, y sobre todo las nuevas formas de la resistencia mundial (Dinerstein y Neary, 2001). Esta nueva forma del capital mundial ha tocado el nivel de la subjetividad. Se ha convertido en un imaginario social que articula el nivel subjetivo con el político de manera tal que el capital parece fluir, escapar, saltar al futuro *sin* el trabajo, y en donde se ha abierto un abismo entre los sujetos y las fuerzas "económicas". Este imaginario real (repito *real*) tiene fundamento en relaciones socia-

les concretas y condiciona enormemente nuestra capacidad de resistencia. ¿Tiene sentido entonces seguir afirmando que el capitalismo siempre ha sido global, negando así la importancia de estas características novedosas en la constitución de la subjetividad social?

Lo que debemos destacar es, en cambio, la debilidad de la mundialización, es decir el potencial subversivo de la autoexpansión del capital en su forma más abstracta (deuda externa, crédito, déficit, desempleo). Dicho potencial subversivo no proviene de la generación de un ejército de excluidos que, según los argumentos de la derecha y la izquierda reaccionarias, constituyen la fuente potencial de reclutamiento de la subversión. El poder subversivo de la mundialización reside en el hecho de que la *intensificación de los aspectos abstractos del capital por sobre los concretos no significa ni inmaterialidad ni exclusión sino materialidad vital invisible no realizada*.

El elemento común presente tanto en Seattle como en Chiapas y General Mosconi, todas ellas luchas ruidosas, dramáticas, físicas, congregantes, es que, en tanto (de)reconstruyen subjetividad y atentan contra la expansión ilimitada del "sujeto ciego", abren la posibilidad para reinventarnos. Cada lucha *glocal* constituye una pieza importante en el movimiento de resistencia mundial contra la desaparición virtual de los humanos en un mundo cada vez más subordinado a los caprichos del dinero global: cada una de estas formas de protesta brindan la posibilidad de realizar, o al menos discutir, las posibilidades de realización de lo irrealizado.

Bibliografía

Acuña, Carlos 1994 "Politics and economics in the Argentina in the Nineties (Or Why the Future No Longer Is What It Used to Be)" en Smith, William *et al* (comps.) *Democracy, Markets, and Structural Reform in Latin America* (Miami: North-South Center, University of Miami).

Aragues, Juan Manuel 1995 "Tiempos de subsunción real. Implicaciones políticas y teóricas del capítulo VI inédito de El Capital, de Marx", en *Papeles de la FIM* (Madrid) N° 3, 2da época.

Cleaver, Harry 1992 "The Inversion of Class Perspective in Marxian Theory: From Valorisation to Selfvalorisation" en Bonefeld Wener *et al.* (comp.) *Open Marxism* (Londres: Pluto Press) Volume II.

Dinerstein, Ana Cecilia y Neary, Michael 2001 (comp.) *The Labour Debate: An Investigation into the Theory and Reality of Capitalist Work* (Aldershot, Inglaterra y Brookfield, EUA: Ashgate).

Dinerstein, Ana Cecilia 2001a "The Violence of Stability. The transformation of the Subjectivity of Labour in Argentina" (Coventry: Universidad de Warwick) Tesis doctoral sin publicar.

Dinerstein, Ana Cecilia 2001b "Roadblocks in Argentina" en *Capital & Class* (Londres: CSE) N° 74.

Dinerstein, Ana Cecilia 2000 "Sujeto y globalización: la experiencia de la abstracción" en *Doxa* (Buenos Aires) N° 20.



Dinerstein, Ana Cecilia 1997 “¿Desestabilizando la estabilidad? Conflicto laboral y la violencia del dinero en Argentina” en *Realidad Económica* (Buenos Aires: IADE) N° 152.

Ferrer, Aldo 1999 “La Globalización, la crisis financiera y América Latina” en Boron, Atilio *et al* 1999 (comp.) *Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO – EUDEBA).

Hardt, Michael y Negri, Antonio 2000 *Empire* (Cambridge, Massachusetts y London, England: Harvard University Press).

Harvey, D 1999 (1990) *The Condition of Postmodernity* (Oxford: Basil Blackwell).

Houtart, François 2001 “La mundialización de las resistencias y de las luchas contra el neoliberalismo” en Seoane, José y Taddei, Emilio (comp.) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).

Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 2001 “La protesta en Argentina (enero-abril de 2001)” en *OSAL* (Buenos Aires) N° 4, Junio.

Marazzi, Christian 1996 “Money in the World Crisis: The New Basis of Capitalist Power” en Bonefeld, Werner y Holloway, John (comp.) *Global capital, national state and the politics of money* (London: Macmillan).

Marx, Karl 1990 (1867) *Capital* (London: Penguin) Vol. 1.

Meiksins Wood, Ellen 2000 “Trabajo, clase y estado en el capitalismo global” en *OSAL* (Buenos Aires) N° 1, Junio.

Negri, Antonio 1992 “Interpretation of the Class Situation Today: Methodological Aspects” en Bonefeld Werner *et al* (comps.) *Open Marxism* (Londres: Pluto Press) Vol. II.

Negri, Antonio 1989 *The Politics of Subversion* (Cambridge: Polity Press).

Postone, Moishe 1996 *Time, labour and social domination. A reinterpretation of Marx's critical theory* (New York: Cambridge University Press).

Seoane, José y Taddei, Emilio 2000 “La conflictividad Social en América Latina” en *OSAL* (Buenos Aires) N° 2, Septiembre.



Protesta social en la Argentina de 2001: entre la normalidad y la ruptura

Por Adrián Scribano* y Federico L. Schuster**

■ ¿Qué protesta social?

La protesta social se ha convertido en este último tiempo en una referencia constante de la vida política argentina. Sin embargo, uno puede encontrar abundante protesta social a lo largo de todo el período democrático que se inicia en 1983 y, contra lo que a veces suele decirse, de modo creciente en los años '90. Varios estudios recientes¹ parecen mostrar que en ese período se halló una abundante movilización de recursos colectivos que contrasta con la opinión generalizada en el tema. Sin embargo, se halló un alto grado de fragmentación y escasa durabilidad en las protestas, lo que parece dar cuenta de la impresión de apoliticidad, escasa participación y disgregación de las demandas sociales, que habitualmente sostienen muchos estudios. La concentración del reclamo sindicalizado en los gremios de servicios y estatales, su ligazón estrecha con situaciones específicas de desguace del estado y su progresivo debilitamiento, mostraron como contrapartida un crecimiento de la protesta de matriz cívica, con un carácter marcadamente diversificado y con rasgos claros de localización y singularidad. Por ende, con alta fragmentación y escasas probabilidades de construir sujetos unificados de acción de cierta permanencia en el tiempo y extensión en el espacio. ¿Esto está cambiando? Consideremos muy brevemente, por mor del espacio disponible, cómo llegamos a la protesta actual.

Durante la década del '90 pueden observarse importantes transformaciones en la protesta social en Argentina². Especialmente en lo que se refiere a la mutación de identidades clásicas asociadas a la movilización social como el sin-



dicalismo y también –de manera más importante– la aparición de nuevas formas de lucha, nuevos actores y temas involucrados en esta forma particular de acción política.

Si se comparan las movilizaciones características de los años previos e inmediatamente posteriores a la democratización en Argentina con las protestas actuales, es sumamente difícil negar al menos una serie de características novedosas³: a. en primer lugar, han aumentado y se han diversificado las acciones de protesta en el país; b. se han multiplicado las organizaciones de protesta; c. se han modificado los temas y demandas que sostienen las organizaciones y las acciones de protesta; d. han aparecido nuevos formatos de protesta para soportar dichas acciones.

Si hasta comienzos de los años '90 los sindicatos eran para los gobiernos democráticos la referencia política de la lucha social, desde esa fecha surgieron en la escena argentina nuevos actores colectivos que desafiaron de modo creciente las políticas del estado.

* Profesor titular UNMV y USiglo21 Director del Proyecto *El Tracto - raza: Protesta y Acción Colectiva en el Sur Córdoba*.
E-mail: ascriban@arnet.com.ar

**Profesor Titular UBA, Investigador Instituto Gino Germani (FCS-UBA), Director del Proyecto *Las transformaciones de la protesta social en la Argentina Contemporánea*. E-mail: schuster@mail.retina.ar.

Siempre ha habido transformaciones respecto de los actores de la protesta social en la Argentina. Pero, como regla general, los sindicatos han sido el centro de la protesta social desde principios del siglo XX. Es cierto que muchas veces como eje de formaciones más amplias (las masas populares del 17 de octubre de 1945, la resistencia peronista post '55, las movilizaciones populares en las principales ciudades argentinas de fines de los '60 y comienzos de los '70, como el Cordobazo, el Tucumanazo, etc.). En un menor nivel de acciones sistemáticas, y muchas veces acompañando a los sindicatos, los estudiantes han sido también sujetos de acción política de protesta en varios pasajes del último siglo.

Quizás una auténtica novedad, realmente diversa del resto de la historia de la protesta social en la Argentina, la constituyan los movimientos de derechos humanos, con las Madres de Plaza de Mayo a la cabeza, en los reclamos contra el genocidio de la dictadura militar iniciada en 1976. No cabe duda de que estos movimientos (y particularmente las Madres) han constituido una impresionante fuente simbólica para el desarrollo de los movimientos de protesta posteriores en la Argentina.

Pero, aun así, puede decirse que en el primer sexenio democrático de este último período post dictadura (1983–1989) los sindicatos constituyeron el eje de la protesta social y la aglutinaron, seguidos por los reclamos aún existentes de los movimientos de derechos humanos. Ya en aquel momento, y ligado a la restauración democrática después de un período de tan violenta represión y cercenamiento de los derechos civiles por parte de la dictadura más sangrienta que sufrió el pueblo argentino, el gobierno democrático desarrolló una política tolerante hacia la protesta, la que, salvo deshonrosas excepciones, pudo crecer como una forma de expresión de demandas relativamente normalizada y tolerada. El período culminó con una crisis hiperinflacionaria que llevó al presidente Alfonsín a adelantar la entrega del poder a su sucesor democráticamente electo, y con saqueos a varios supermercados⁴. Sus protagonistas constituyen la manifestación embrionaria de un actor social y político de nuestros días, los sectores más perjudicados de la Argentina neoliberal: los desafiliados⁵.

Los años '90 (la década del presidente Menem) continuaron y profundizaron la crisis. Una primavera económica producida por el dinero de las privatizaciones de empresas públicas ocultó parcialmente el enorme efecto de desocupación que se iba produciendo. Si bien varios sindicatos de

trabajadores del estado manifestaron fuertemente su oposición al modelo en los tempranos '90 y fueron sujetos activos de la protesta social durante la primera mitad de esa década, no pudieron poner en jaque a la política privatizadora y fueron vistos por amplios sectores de la opinión pública como protagonistas melancólicos de una Argentina del pasado. Sin embargo, no hizo falta mucho tiempo para que la crisis mostrara sus nuevos rostros: la altísima concentración de la riqueza y la desocupación. Los índices de esta última treparon a cifras inéditas para el país. Superaron los dos dígitos largamente y, hasta hoy, se mantuvieron siempre muy altos. Millones de argentinos sufrieron la precarización laboral y el empobrecimiento sistemático. Con ello, también la pérdida de la contención sindical que la situación laboral regular supone. Desafiliados de las redes sociales y políticas sistemáticas, de a poco fueron emergiendo como un actor de potencialidad política. Primero no tuvieron rostro, racionalidad ni capacidad intencional en la ficción de muchos políticos y analistas. Se habló del riesgo de un *estallido social*. Pero apenas promediaba la década cuando la protesta social de los desafiliados adquirió rostros y subjetividad. Lugar desde donde apareció con fuerza la problemática de la visibilidad social de los actores que emergía en relación con el de la constitución identitaria de los actores colectivos de las aludidas protestas. La lucha por la definición del sentido es una de las características de los cortes de ruta o, para ser precisos, existe en la constitución de dichas acciones colectivas el interés por la definición del sentido socialmente válido⁶. Rara vez aislada, en general apareció ligada a protestas de trabajadores ocupados (estatales, docentes, muchas veces). Desde el interior de la provincia del Neuquén (Cutral-Có, Plaza Huincul) alcanzó impacto regional y trascendencia nacional. Fue, ahora sí, duramente reprimida, y una mujer (Teresa Rodríguez) murió alcanzada por las balas. Pero la semilla prendió. Estatales y desocupados del norte argentino (Salta y Jujuy) se

irían sumando, siempre con la misma modalidad de acción: el corte de ruta. Bajo el modelo de los piquetes de huelga, muchos desocupados y estatales de diversas regiones de la Argentina impedían el paso de vehículos en las rutas. Ya no llevaban el nombre de ninguna rama industrial o de servicios. Eran las huellas trágicas de una Argentina inédita: con altísima desocupación y desigualdad social. Se llamaron *piqueteros* y *fogoneros*⁷ y constituirían una expresión central de la protesta social en la Argentina de la segunda mitad de los '90⁸.

“Eran las huellas trágicas de una Argentina inédita: con altísima desocupación y desigualdad social. Se llamaron piqueteros y fogoneros y constituirían una expresión central de la protesta social en la Argentina de la segunda mitad de los ‘90.”

tatales y desocupados del norte argentino (Salta y Jujuy) se irían sumando, siempre con la misma modalidad de acción: el corte de ruta. Bajo el modelo de los piquetes de huelga, muchos desocupados y estatales de diversas regiones de la Argentina impedían el paso de vehículos en las rutas. Ya no llevaban el nombre de ninguna rama industrial o de servicios. Eran las huellas trágicas de una Argentina inédita: con altísima desocupación y desigualdad social. Se llamaron *piqueteros* y *fogoneros*⁷ y constituirían una expresión central de la protesta social en la Argentina de la segunda mitad de los '90⁸.



■ ¿Cómo estamos hoy?

A nadie se le escapa que desde finales de 1999 hasta la fecha se han constatado varios fenómenos convergentes en relación con la protesta social en nuestro país. Entre los más sobresalientes se puede mencionar: a. existe un aumento progresivo y constante del número de protestas sociales; b. los actores que participaban en los cortes de ruta han constituido una organización nacional de piqueteros; c. se visualizan algunas convergencias tácticas de diversos grupos en movilizaciones y demandas comunes; d. se puede observar una línea de parcial convergencia discursiva entre los que protestan en Argentina, la acción colectiva global y sectores de la opinión pública respecto de la mundialización, el globalismo neoliberal como ideología planetarizada, y el rol de los organismos internacionales de crédito.

El *ciclo de protesta*⁹ que vive la Argentina actualmente es el más importante de todos los acontecidos desde 1983, por la cantidad de protestas, la expansión territorial de las mismas y la cantidad y variedad de sujetos involucrados. Asimismo, resulta de interés notar que quizás este ciclo marca una nueva etapa de las protestas en el país. En efecto, por primera vez aparecen dos factores que permiten avalar esta hipótesis:

a. Los sectores ligados a la desocupación, la subocupación, el trabajo precario, que surgieron como actores de la protesta hacia mediados de la década anterior, muestran por

primera vez formas de organización sistemática y consolidación como movimiento social.

b. Los sectores sindicales (fragmentados, es cierto) han recuperado su protagonismo en la protesta social.

Esto marca la apertura de una etapa cuyo desenvolvimiento es por ahora difícil de prever. Lo dicho no significa que haya un actor único homogéneo. Por el contrario, si analizamos la protesta actual, veremos una gran diversidad de actores con demandas heterogéneas: los desocupados con su desafiliación, los empleados públicos con sus ajustes en cierres (entre ellos, los docentes con sus especificidades), los trabajadores de empresas privatizadas con sus crisis abiertas (entre las que resalta el conflicto de Aerolíneas Argentinas), los pequeños propietarios urbanos y rurales con sus deudas e hipotecas. A ellos se suman diariamente otros sujetos con reclamos puntuales, quienes conforman las series de protestas continuas en las grandes ciudades argentinas, más allá de los ciclos de protesta mencionados. Esta diversidad es normal en toda protesta y se la puede reconocer incluso en grandes movimientos revolucionarios de la historia universal. De modo tal, que la diversidad no es necesariamente un obstáculo para la conformación de un movimiento. Como se dijo, la cuestión a determinar es el grado de articulación que alcancen las redes de protestas¹⁰ actualmente en curso.



Los fenómenos que estamos describiendo y caracterizando adquieren mayor sentido si se repara en la trama de redes de conflictos que ellos implican. Los conflictos alcanzan tanto a las esferas política y económica como a la social. Sólo para mencionar los más relevantes se pueden consignar los siguientes:

En lo político: a. disolución creciente de las mediaciones políticas institucionales que se apoyaban en los partidos tradicionales; b. pérdida de legitimidad discursiva del gobierno del presidente de la Rúa; c. crisis de la Alianza de gobierno; d. la fragmentación y disputa en la oposición, sea en el Justicialismo como en otros partidos; e. el aumento de la visibilidad pública de la corrupción evidenciada desde el arresto del ex Presidente Carlos Menem hasta las denuncias de la diputada oficialista disidente Elisa Carrió.

En lo económico: a. la persistencia y aumento del impacto de la recesión; b. incremento del desempleo; c. profundización de la precariedad laboral; d. disminución del consumo; e. desconfianza generalizada en la capacidad del gobierno de manejar los problemas económicos; f. una serie de fenómenos micro y macro, financieros y productivos desencadenados por los fracasos de las iniciativas del Ministerio de Economía, desde el blindaje hasta el plan de déficit cero¹¹.

En lo social: a. aumento de la inseguridad y la delincuencia; b. cambios en las redes informales de solidaridad que se habían tejido bajo la aplicación de las políticas sociales del gobierno anterior; c. profundización de la percepción respecto del aumento de la pobreza y procesos de empobrecimiento; d. deterioro progresivo de obras y servicios sociales; e. aparición de modos de auto-percepción social e individual que conducen a una “precariedad social” caracterizada por estar y no estar en la sociedad; es decir, ser ciudadano por un tiempo, pero no saber si eso continuará.



Luego de esta rápida visión del presente emerge una serie de preguntas obvias:

¿Cambiará algo en el escenario actual? ¿Se mantendrá el actual nivel de protestas (alto pero limitado en efectos)? ¿Las protestas conducirán a una salida? ¿Pueden convivir tanto conflicto y tan poco orden?

■ De síntomas, mensajes y ausencias

Como resulta obvio, no es posible contestar una a una las preguntas formuladas en el espacio del que disponemos, por lo que nos ocuparemos de forma general en la propuesta de algunas líneas de interpretación al respecto.

Las protestas como síntomas de los conflictos nos conducen a pensar en, al menos, las siguientes interpretaciones:

a. Se está consolidando una grieta en la estructuración social por donde se constata que la legitimación política procesual ya no puede metamorfosear lo que hay de intereses económicos en la política de los partidos.

b. Se percibe el afianzamiento de la disolución de los modos de representación social, gremial y corporativa.

c. Se ha vuelto cada vez más evidente que los planes de estabilización aplicados desde la política del ministro de la última dictadura, José Alfredo Martínez de Hoz, hasta la actual versión aliancista del ministro Domingo F. Cavallo¹², han generado la identificación por parte de la gente del neoliberalismo como ideología de la legitimación.

En tanto mensajes, las protestas permiten centrar la mirada en los siguientes puntos problemáticos, como formas que marcan los límites de compatibilidad sistémica:

a. Se han vuelto ineficientes los mecanismos institucionalizados de resolución de conflictos, dejando paso a la posibilidad de mayor violencia y represión social.

b. Existe un proceso prolongado de cambios en las reglas de inclusión social que generan nuevas y fugaces identidades sociales.

c. Se ha abierto y expandido la constitución de espacios públicos de encuentro que involucran cambios en la consideración social de la definición de la política.

Las protestas sociales también permiten identificar ausencias que señalan los momentos en los cuales el sistema no se sutura, donde no alcanza el cemento que ligaba hasta hoy a la sociedad:

a. En el marco de lo ya expuesto las protestas sociales indican la ausencia de un mecanismo de síntesis social que puede devenir en fragmentación y feudalización de la *polis*.

b. Del mismo modo, permiten advertir sobre la incapacidad de los grupos y/o alianzas de grupos de establecer un discurso hegemónico.

c. Por otro lado, las protestas dejan ver que los antagonistas, los centros de poder y los recursos por los cuales se entra en contienda se han multiplicado y traspasan el territorio nacional.

La protesta social es un fenómeno planetario, hay protestas sociales en casi todos los países del mundo. Esto se debe a que ningún sistema político agota en su representación todos los intereses sociales, los que, por otra parte, tampoco están dados de una vez y para siempre como un conjunto completo, sino que se construyen y amplían todo el tiempo. Así se ve incluso en sociedades opulentas (las europeas o la norteamericana), donde muchos suponen que no hay protestas, porque la mayoría de la población logra satisfacer sus necesidades básicas ampliamente.

Esto es, siempre hubo, hay y habrá intereses, necesidades y concepciones distintas y confrontadas respecto de la vida social entre miembros diversos de una sociedad. Dicho de otro modo, el mundo social no habrá de ser nunca un todo homogéneo, armónico y de suyo completo.

Pero resultará claro que cuando las necesidades básicas de amplios sectores sociales están puestas en cuestión, la desigualdad social aumenta a niveles inéditos, el sistema político se vuelve incapaz de dar respuestas mínimas a los reclamos sociales y, como sucede en nuestro medio, la protesta se intensifica. Esto se da particularmente en sociedades que han conocido un grado de desarrollo capitalista relativo y donde los sujetos han pasado de una condición obrera estable a una inmensa precarización laboral y social.

Al respecto, sin embargo, es interesante resaltar que la protesta no supone un sujeto único y homogéneo. Esto es, cuando en un momento en una sociedad (como hoy en la nuestra) se producen muchas protestas al mismo tiempo, ello no significa necesariamente que exista un gran movimiento social uniforme detrás de todas ellas. Más bien lo usual es que haya diversos movimientos de protesta alentados, cada uno de ellos, por el desarrollo de los demás. De allí a que esos movimientos se articulen, se pongan de

acuerdo, diseñen estrategias de acción conjunta hay un paso, y por cierto no pequeño. Cuando ello ocurre, cuando los múltiples movimientos de protesta se articulan y forman un gran movimiento, recién entonces conforman un desafío político de gran alcance.

Ahora bien, ¿qué significa todo lo afirmado hasta aquí en relación con el futuro de la sociedad argentina? ¿Puede esperarse algún cambio? ¿Acaso nada pasará? Creemos que estamos en presencia del desarrollo de importantes cambios. Para percibirlos como tales hay que desplazar la mirada más allá de lo meramente coyuntural, epifenoménico y superestructural.

Lo fundamental que señalan las protestas sociales es que cada vez más individuos y grupos sociales se percatan de que la

emancipación es una meta y que puede alcanzarse si se lucha por “ausentar ausencias”, esto es, por refundar los espacios políticos hoy rotos en una nueva construcción de subjetividad. Esta construcción es posible, en la medida en que los espacios de la protesta fortalezcan las redes de acción y produzcan en su interior la demanda de una nueva representatividad política.

La protesta social es un modo de ruptura del orden social regular, pero al mismo tiempo puede convertirse en un modo cuasi normal de la práctica política en los márgenes del sistema político. En esa cornisa entre la normalidad y la ruptura camina hoy la protesta social. En su propia aparición hay algo que cambia. ¿Cuánto de nuestra sociedad cambiará a partir de la protesta? El aumento de los mecanismos de control, a partir de la actual coyuntura internacional, puede ser un factor que aumente las condiciones para la represión de las protestas, sumado esto a la preocupación que cada tanto afecta a la clase dominante respecto del desarrollo creciente de la protesta. En estas condiciones, ¿prevalecerán los aspectos de normalidad de la protesta social o, por el contrario, su potencialidad de ruptura encaminará a la Argentina hacia un nuevo escenario social y/o político?

Sólo la historia futura, en su contingencia, nos permitirá conocer la respuesta a estas preguntas.

Bibliografía

Melucci, Alberto 1996 *Challenging Codes. Collective Action in the Information Age* (Cambridge: Cambridge University Press).

OSAL 2001a *Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires) N° 4, Junio.

“Existe un proceso prolongado de cambios en las reglas de inclusión social que generan nuevas y fugaces identidades sociales.”

OSAL 2001b *Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires) N° 3, Enero.

OSAL 2000a *Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires) N° 2, Septiembre.

OSAL 2000b *Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires) N° 1, Junio.

Pelacoff, Javier y Pereyra, Sebastián 1999 "Transformaciones en las formas de acción colectiva: protestas sociales y espacio público", ponencia presentada en IV Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación (San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy, FHyCS).

PIMSA2000 *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).

PIMSA1999 *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).

PIMSA1998 *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).

PIMSA1997 *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).

Schuster, Federico L. y Pereyra, Sebastián 2001 "Las transformaciones de la protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política", en Giaracca, Norma y Bidaseca, Karina (editoras) *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país* (Buenos Aires: Alianza Editorial).

Schuster, Federico L. 1999 "Social protest in Argentina today: is there anything new?", en Josep Muñoz, Jordi Riba (Editores) *Treball i Vida en una economia global* (Barcelona: Edicions Llibreria Universitaria).

Schuster, Federico L. 1997 "Protestas sociales y represión a la oposición política", en *Informe anual de la situación de los derechos humanos en la Argentina* (Buenos Aires: CELS).

Scribano, Adrián 2000 "Política, Protesta y Movimientos Sociales en la Argentina". Comunicación presentada en el Taller 'Movimientos Sociales y Representación Política' / IV Jornadas de Sociología, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Preparatorias del III Encuentro por un Nuevo Pensamiento de CTA; Instituto Gino Germani, Lunes 6 de Noviembre 2000.

Scribano, Adrián 1999 "Argentina cortada: 'cortes de ruta' y visibilidad social en el contexto del ajuste", en López Maya, M. (editora) *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América popular en los años del ajuste*. (Caracas: Nueva Visión).

Scribano, Adrián 1998 "De La Voz Al Espacio: Los Cortes de Ruta y Derechos Humanos", en *Red de Filosofía y Teoría Social, Cuarto Encuentro* (Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Catamarca).

Tarrow, Sydney 1997 *Poder en movimiento* (Madrid: Alianza).

■ Notas

1 Véase por ejemplo Scribano, 1999; Schuster, 1997, 1999; Schuster y Pereyra, 2001; PIMSA 1997, 1998, 1999 y 2000; OSAL, 2000a, 2000b, 2001a, 2001b.

2 Seguimos en esta caracterización a Schuster y Pereyra, 2001.

3 Si bien se reconoce alguna dificultad para la caracterización de "novedosas" de las prácticas a las que se aluden, el espacio del que se dispone impide una discusión adecuada de la temática.

4 Más allá de la posible discusión teórica si a los saqueos se los pueda considerar o no protestas.

5 Intentamos jugar aquí con la expresión político partidaria argentina de los que no pertenecen más, de los que no están más en padrón, aquellos que son puestos fuera.

6 Para la relación entre identidad personal e identidad colectiva véase Melucci 1996.

7 Los piqueteros sostienen el corte de ruta, los fogoneros la participación popular.

8 Sobre cortes de ruta véase Scribano 1998, 1999, 2000.

9 El concepto de ciclo de protesta remite a una modalidad que suele tener la protesta social, la que suele incluir períodos de creciente en el número e intensidad de las protestas y otros de bajante. Véase al respecto, Tarrow, 1997.

10 El concepto de *redes de protesta* indica una función que permite vincular acontecimientos de protesta diversos en virtud de sus parecidos de familia. Dicho vínculo se sitúa tanto en una dimensión sincrónica, en la medida en que pueda detectarse una confluencia significativa de acontecimientos, como en una diacrónica en virtud de la correspondencia entre distintas protestas situadas en un eje histórico. Al respecto véase Pelacoff, J. y Pereyra, S., 1999.

11 Desde comienzos del año 2001, y a través de la gestión de tres ministros de Economía sucesivos, el gobierno argentino desarrolló diversas estrategias financieras para intentar hacer frente a una crisis monumental. El blindaje fue un intento por garantizar la solvencia del Estado, a través de fondos de garantía otorgados por organismos internacionales. Más tarde se intentaría un canje de bonos de deuda a corto plazo por otros a más largo plazo (megacanje) y finalmente una política de recorte de gastos en el Estado (déficit cero).

12 El actual Ministro de Economía del gobierno de la Alianza fue también Ministro del anterior Presidente, el justicialista Carlos Menem, durante varios años y es el autor del Plan de Convertibilidad del Peso argentino con el Dólar americano, aún en vigencia.

Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina

Por Verónica Maceira* y Ricardo Spaltenberg**

En las últimas décadas hemos presenciado cambios importantes en las formas que asume la protesta social en la Argentina en correspondencia con las transformaciones que tuvieron lugar en las condiciones de estructuración de las clases subalternas.

En la historia de las luchas sociales en el país, fue el conflicto laboral el que desempeñó tradicionalmente un papel destacado. Recordemos que, a diferencia de la gran mayoría de los países de América Latina, el mercado de trabajo en la Argentina se caracterizó por sus bajas tasas de desempleo. Este fue sin duda uno de los factores estructurales decisivos para que se constituyera, durante la primera mitad del siglo pasado, un movimiento obrero con organizaciones poderosas que pudieron encontrar en la huelga un instrumento altamente eficaz a la hora de luchar por sus intereses. En correspondencia con la composición del actor colectivo que la instrumentaba, el conflicto laboral se localizaba así en forma dominante en las provincias del polo industrial tradicional, en el sector privado, y en particular en la industria.

En tales circunstancias, y a pesar de los sucesivos impedimentos, las organizaciones de la clase obrera se constituían una y otra vez como un factor político decisivo. A la eliminación de este “obstáculo” apuntó de manera casi explícita la última dictadura militar, cuya política hizo explotar este mecanismo a través de la desindustrialización, aunque ello no significó un aumento significativo e inmediato de la tasa de desocupación. Así, durante el gobierno consti-



tucional que siguió a la dictadura y ante la crisis interna del Partido Justicialista, el sindicalismo volvió a constituirse como un actor político relevante. Hasta fines de la década del ochenta los niveles de conflictividad laboral se mantuvieron relativamente altos con la utilización de la huelga, nuevamente, como el instrumento de lucha sustantivo (Palomino, 1987; McGuire, 1991).

Durante el primer tramo de la gestión menemista se producen dos marcas significativas en relación a los niveles de conflictividad laboral de la década anterior: si en el primer año se alcanza un pico que los supera ampliamente, entre 1991 y 1993 los registros se ubican sistemáticamente por debajo de aquellos. Al margen de los factores más coyunturales que pudieron contribuir a esta caída (tales como los episodios hiperinflacionarios de 1989 y 1990, o el impacto de las radicales políticas de reforma implementadas

* Socióloga. Miembro del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

**Sociólogo. Miembro del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

por el gobierno justicialista), la retracción del conflicto laboral expresó entonces transformaciones de más largo plazo, que a su vez configuraron los rasgos que asume el conflicto laboral hasta el presente (Spaltenberg, 1996).

Al respecto, es necesario apuntar algunos elementos. En primer lugar, como decantación del proceso de desindustrialización que se inicia durante la dictadura, se venía verificando ya una sostenida disminución del peso relativo de los conflictos sindicales de la industria en particular y del sector privado en general. En segundo lugar, la caída del nivel del conflicto laboral se relaciona estrictamente y en forma inversa con el aumento de la desocupación, cuya tasa ya duplicaba en ese entonces las tasas imperantes hasta la década del setenta. Por último, el cambio sectorial de los conflictos, sumado a la crisis de los estados provinciales, tuvo su correlato en el mayor protagonismo que fueron tomando los trabajadores estatales y en el consecuente desplazamiento de la mayor intensidad del conflicto hacia el interior del país.

Junto con los sujetos también se fueron transformando las formas de lucha. En efecto, a partir de 1991 y hasta el presente se evidencia un paulatino avance en la utilización de instrumentos de lucha demostrativos, ya sea acompañando a la huelga o con independencia de ella. Ante las crecientes restricciones para apelar a medidas de fuerza con interrupción del vínculo de trabajo, la expresión del conflicto tiende a salirse del ámbito laboral para realizarse en territorios más favorables.

El año 1994 significó un punto de inflexión en el proceso de las luchas sociales. Pero este ascenso no estuvo ligado exclusivamente al conflicto estrictamente laboral, que no volvió a alcanzar la intensidad característica de las décadas anteriores (Spaltenberg, 1996; Iñigo Carrera y Cotarelo, 2000; Iacona y Pérez, 1999-2002). En el marco de los niveles inéditos alcanzados por la desocupación abierta y la subocupación, el rasgo novedoso del período que se inicia es la incorporación de aquí en más de otro protagonista, los desocupados, utilizando centralmente el corte de ruta como forma de lucha. Ciertamente el corte de ruta no ha sido de uso exclusivo de los desocupados, pero la particularidad en este caso es que se trata de la única medida de fuerza a su disposición, y del instrumento de lucha que les permite instalarse en la escena nacional. La recurrencia de este tipo de protesta, en un inicio geográficamente acotada, estuvo sin duda en la base del desarrollo de programas de empleo. A

partir de entonces, las sucesivas protestas de los desocupados se extienden por todo el interior del país, vinculándose en términos generales a la demanda de continuidad o expansión de dichos planes.

En el último año observamos un nuevo hito en el plano del conflicto social: a través de la realización de dos asambleas y planes de acción de alcance nacional, el movimiento

de desocupados logra instalarse como un actor colectivo en ese plano. Y lo hace de la mano de la fuerte activación de la protesta en el conurbano bonaerense. En ese sentido, la maduración de las experiencias de organización y de lucha en esa región parecen haber signifi-

ficado un impulso político decisivo para la conformación del movimiento como actor nacional.

La protesta vuelve entonces a instalarse con fuerza también en el otrora centro productivo sin abandonar la periferia, hacia la que se había desplazado en los noventa. Pero ya no es a través de aquel movimiento obrero que tenía en los metalúrgicos su punta de lanza. Su imagen es ahora la de una multitud marchando desde los barrios más humildes del conurbano hacia la Capital Federal. Pero ¿qué es, socialmente, esta multitud?

■ Elementos para una caracterización social

Los medios masivos de comunicación los presentaron como los pobres y excluidos. Esta representación plana de la "exclusión" es alimentada no sólo en los medios sino también en parte de la producción académica local, especialmente en aquella que se ha centrado en el estudio focalizado de la pobreza, dejando de lado el carácter social de quienes la padecen y de quienes la producen. Nuestra hipótesis es que esta presentación de "la pobreza" deja en penumbras a las líneas de continuidad entre las experiencias de clase de quienes actualmente son presentados como marginales y el conjunto de los trabajadores del país, contribuyendo en esa dirección, a fortalecer una imagen de fragmentación creciente al interior de las clases subalternas.

Se torna así relevante conocer si los participantes del movimiento de desocupados y en general, los asistidos por planes gubernamentales de empleo, pueden ser caracterizados como población marginal o si, por el contrario, sus historias laborales personales y/o familiares permiten indicar su pertenencia a fracciones obreras anteriormente incorporadas

"...el corte de ruta no ha sido de uso exclusivo de los desocupados, pero la particularidad en este caso es que se trata de la única medida de fuerza a su disposición, y del instrumento de lucha que les permite instalarse en la escena nacional."

a la producción. La importancia de un acercamiento de rigor a la caracterización del movimiento de desocupados no se funda sin embargo en un interés exclusivamente académico. Por el contrario, entendemos que la misma puede fortalecer a los actores directamente involucrados a la hora de la construcción y la reflexión sobre su acción corporativa y política.

Avanzaremos en algunas respuestas a estas preguntas a partir de los resultados preliminares de un estudio realizado específicamente en el partido de La Matanza¹.

En base a este trabajo podemos concluir que una parte importante de los varones participantes y beneficiarios de planes de empleo, en particular los mayores de treinta años², son trabajadores que han sido asalariados, y si bien no han estado ocupados en los sectores más dinámicos ni en puestos de altas calificaciones, no pueden ser considerados marginales. Por el contrario, muestran trayectorias laborales anteriores estables, con rasgos compartidos ampliamente por la clase obrera de la región. Asimismo, el conjunto presentaba, cuando ocupados, una alta tasa de sindicalización como tendencia firme a lo largo de sus vidas laborales, aunque mayormente sin participación gremial activa. Estos elementos, que también caracterizan la cultura sindical dominante, revelan en principio una experiencia previa que los predispondría a encuadrarse en organizaciones que representen sus intereses económicos inmediatos. Junto a ellos se encuentran jóvenes³ con escasa inserción estable anterior, mayormente sin experiencias significativas como trabajadores fabriles y sin tradición de encuadre sindical.

Entre los desocupados jefes de hogar encontramos predominantemente ex-obreros fabriles, y se hacen presentes, complementariamente, trabajadores de la limpieza no doméstica y algunos empleados del comercio de alimentos. No forman parte de este universo los trabajadores de cuello blanco. Los desocupados fabriles han estado empleados en

mayor medida en las ramas consideradas típicamente de la “primera sustitución” (intensivas en mano de obra y productoras de bienes “salario”, con preeminencia de alimentos y textiles) y ocuparon, en menor medida, puestos en la industria metalúrgica, del papel, del cuero y las telecomunicaciones, ramas que tuvieron su momento de expansión en períodos relativamente posteriores a las ya mencionadas. Estos hombres han desarrollado la mayor parte de su vida laboral en condiciones que suponían la experiencia de cooperación prolongada entre muchos trabajadores: las tres cuartas partes del universo han trabajado en establecimientos medianos y grandes. Asimismo, en sus ocupaciones anteriores la mayoría ha alcanzado como máximo un nivel de calificación operativa, mientras que una cuarta parte ha realizado, en lo sustantivo, tareas no calificadas.

Sin embargo, y éste es un elemento relevante, incluso entre los mayores de treinta años con trayectorias laborales estables, el lapso de tiempo que media desde el quiebre de sus trayectorias hasta el presente es relativamente prolongado. Podemos estimar que en casi la totalidad de los jefes de hogar, este punto de inflexión ha sido hace más de dos años, con un promedio de cuatro años y llegando hasta ocho y diez años en trabajadores de más edad. En esa dirección, cabe entonces la pregunta de qué significa esta extensión temporal, tanto en términos de sus trayectorias como, en otro nivel, en términos de la formación de la clase obrera.

En términos de las trayectorias laborales entendemos que, para los mayores de treinta años, esta extensión temporal es indicativa de que la discontinuidad de su inserción como ocupados estables tiende a asumir un carácter irreversible. Por lo menos para una parte de los menores de treinta años, esto significa que difícilmente compartan las experiencias de clase que, en generaciones anteriores, fueron constitutivas de la fracción social de la que ellos mismos proceden.



En términos de la formación de la clase, no podemos adelantar conclusiones que merecerían una investigación de mayor aliento. Sin embargo, en tanto la información contextual sobre el mercado de trabajo no señala otra cosa, los elementos apuntados son indicativos no sólo de cambios biográficos sino de la transformación histórica de los espacios sociales que estos hombres personificaban. Lo observado supone, en primer lugar, la destrucción del conjunto de relaciones sociales en que estos trabajadores estaban involucrados: relaciones de explotación de las que eran objeto por parte del capital y relaciones sociales de cooperación con otros trabajadores en la que entraban forzosamente como consecuencia de su relación con el capital. Esto significa la destrucción de fuerzas productivas y la transformación social de parte de una clase.

En este marco, cabe también preguntarse cómo ha operado este proceso en términos de la constitución subjetiva de este sector. No podemos avanzar aquí en forma conclusiva en esta compleja pregunta pero quisiéramos adelantar algunos elementos en estrecha vinculación con el orden de problemas ya planteados.

En primer lugar, podemos decir que nuestros entrevistados consideran que comparten su suerte con el resto de los desocupados y en ese sentido orientan su acción. No sólo más de dos tercios están organizados territorialmente, participan de las reuniones de desocupados aunque sea pocas veces, y reivindican el papel de las organizaciones de desocupados en la distribución de los planes de empleo, sino que un porcentaje aún mayor estaría de acuerdo con que se forme un sindicato de desocupados y se afiliaría al mismo, y el 100% participa de las acciones de lucha llevadas a cabo, en especial de los sucesivos cortes de ruta (contrastando con sus pobres niveles de participación gremial activa anteriores).

Se ha argumentado reiteradamente que los procesos de heterogeneización de los trabajadores suponen una diferenciación de sus intereses inmediatos con la consiguiente dificultad para estructurar actores colectivos que sostengan sus demandas tanto corporativamente como a través de la intervención plenamente política. Desde la perspectiva subjetiva de parte de los desocupados de La Matanza, las distintas relaciones en las que están involucrados comienzan a suponer también una diferenciación de intereses con respecto a los trabajadores ocupados. Sin embargo, y ésta es una observación que estimamos relevante en términos de la construcción de una organización

de los trabajadores, las posiciones actualmente distintas en el mundo del trabajo no parecen obstaculizar en principio, y para los desocupados, la construcción de solidaridades al interior del proletariado. Por el contrario, el 80% considera que su lucha cuenta con el apoyo de los trabajadores ocupados y se solidariza a su vez con los reclamos de los trabajadores ocupados en lucha.

■ **Consideraciones finales**

La clase obrera mantiene su lugar central en las luchas sociales del período, pero se trata ahora de una formación muy distinta a la de años atrás. Como puede apreciarse, nuestra perspectiva al abordar el ejercicio presentado ha sido la de considerar que las clases y las fracciones de clase no se definen solamente por su actualidad y coyuntura, sino también por su historicidad. A partir de ella hemos observado, por un lado, que muchos trabajadores desocupados son los mismos que compartieron con otros las experiencias que hacen a la estructuración inmediata de una clase obrera estable. Por otro lado, entendemos que la magnitud de los cambios ocurridos en las últimas décadas parece negar para parte de estos trabajadores la continuidad de dichas experiencias. Esto es especialmente inquietante, en perspectiva, para las nuevas generaciones que muestran trayectorias laborales tan tempranamente frustradas.

Son estos trabajadores quienes aparecen en el nuevo siglo como la imagen del proletariado, aquellos que no sólo han sido ya separados de sus condiciones materiales de vida sino que efectivamente no tienen nada que perder. Es de esta condición social de donde deriva su radicalidad, y no del haber asumido tal radicalidad como determinación política a partir del conocimiento de las causas del proceso que conlleva su aniquilamiento social.

Las relaciones de importantes sectores de la población con el ámbito de lo político se reducen crecientemente a su participación en las redes clientelísticas de los aparatos parti-

darios que buscan asegurar su voto. Esto a su vez puede anclarse en las condiciones estructurales a las que estos sectores son reducidos. Desplazados de su posición en el sistema productivo, sólo les resta demandar directamente al estado. Carentes de recursos mínimos a partir de los

cuales asegurar su propia existencia, toda participación política que no conduzca a algún alivio a su situación carecería de sentido desde la perspectiva de estos sectores.

“Son estos trabajadores quienes aparecen en el nuevo siglo como la imagen del proletariado, aquellos que no sólo han sido ya separados de sus condiciones materiales de vida sino que efectivamente no tienen nada que perder.”



Es en este marco que las organizaciones de desocupados comenzaron a ensayar formas alternativas de distribución de los planes de empleo, forzando la lógica clientelar supuesta en la existencia misma de los planes de asistencia social. Estas formas involucran un primer intento de construcción de criterios de justicia más autónomos basados en relaciones de solidaridad entre iguales y en la valorización de la participación activa en la lucha común. En qué medida estas organizaciones llegarán a significar un punto de inflexión en la relación que estos sectores de la población mantienen con el ámbito de lo político es todavía un interrogante abierto.

De lo que no quedan dudas es del avance que supone su constitución como actor colectivo nacional. Y resulta significativo que este paso se haya dado simultáneamente con una fuerte determinación para romper el aislamiento social impuesto a los desocupados. Esta determinación se observó no sólo en el plano de la acción, en tanto su primer plan de lucha nacional involucró ya la articulación con otras fracciones sociales, sino también en el salto reivindicativo que supuso pasar de la demanda de planes de empleo a la lucha contra el ajuste y la política de déficit cero. En el mismo sentido, si bien no cuentan con la solidaridad activa del conjunto del movimiento obrero, han logrado multiplicar las relaciones interorganizacionales al interior del movimiento de desocupados como también con otras organizaciones de la clase obrera. Esto plantea nuevos desafíos y dilemas tanto para las organizaciones de desocupados como para el movimiento obrero en su conjunto.

Para las organizaciones de desocupados, estos dilemas se reflejan en un cambio del sentido de su instrumento central de lucha, el corte de ruta. De una parte, la necesidad de quebrar su aislamiento articulando sus planes de lucha con otras fracciones ha derivado en el hecho de que el corte de ruta vaya adquiriendo un carácter simbólico dejando de lado su utilización como medida de fuerza. Ello conlleva a su vez el peligro de reproducir, al interior del movimiento, el aislamiento hacia aquellas fracciones que se rehúsan a resignar el carácter de medida de fuerza de los cortes. Por otra parte, es innegable que capitalizar los efectos políticos de un corte de ruta como medida de fuerza a nivel nacional supondría una fuerza social que las organizaciones de desocupados difícilmente constituyan en forma aislada.

Para el movimiento obrero, el avance en la lucha de los desocupados significó un claro aporte de vitalidad. En ese sentido, la oportuna decisión de una parte de las organizaciones obreras de impulsar el desarrollo de la organización territorial fue un buen reflejo de una política que intenta formularse asumiendo las profundas transformaciones sufridas por la clase. Dicha atención de lo territorial no debería desplazar la importancia de la organización y la lucha en los lugares de trabajo. Si se dejase de lado la formulación de una política específicamente gremial que sepa hacer uso del poder social que se deriva de las posiciones que los trabajadores ocupan, la presencia sindical en los lugares de trabajo pasaría a ser meramente testimonial.

■ **Bibliografía**

Iacona, Juan y Pérez, Sandra 1999-2002 "Informe estadístico de conflictividad laboral", Ministerio de Trabajo, Empleo y Formación de Recursos Humanos, (Buenos Aires) varios números.

Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 2000 "La protesta social en los '90. Aproximación a una periodización" en *Documento de Trabajo* (Buenos Aires: PIMSA) N° 27.

Mcguire, James 1991 *Strikes in Argentina, 1983-89: a Research Note* (Middletown, Connecticut-USA: Wesleyan University).

Palomino, Héctor 1987 *Los conflictos laborales bajo el gobierno constitucional* (Buenos Aires: Fundación F. Ebert).

Spaltenberg, Ricardo 1996 *Conflictos laborales en Argentina: 1984-1994* (Buenos Aires: Instituto Gino Germani de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales. UBA) inédito.

■ **Notas**

1 Se entrevistaron un total de veinticinco varones participantes de los programas de empleo, que cumplieren con el requisito de ser jefes de hogar (atributo este último que los beneficiarios comparten mayoritariamente) y, complementariamente, cinco entrevistados no jefes de hogar (de ambos sexos) como información contextual. En la realización del muestreo se

procedió en forma sucesiva, circunscribiendo primero el marco al segundo cordón del partido y seleccionando al azar y a partir de los registros de los planes de trabajo, un conjunto de proyectos y luego, dentro de los mismos, a los entrevistados.

2 En relación a las trayectorias de los diecinueve entrevistados mayores de treinta años, podemos sintetizar que: un total de trece entrevistados fueron trabajadores estables, desarrollando en una sola rama de actividad prácticamente toda su vida laboral adulta anterior a la caída en el desempleo prolongado. Diez de ellos, en un mismo lugar de trabajo (durante períodos que varían de ocho a treinta y cinco años según los casos y la edad del entrevistado) y otros tres en más de un establecimiento (por períodos que van de siete a doce años y sin desempleo prolongado intermedio). Por su parte, seis entrevistados presentan una mayor movilidad entre distintas ocupaciones, establecimientos y ramas de actividad, en tres casos, con períodos de permanencia en un solo puesto de más de ocho años. Tres de estos entrevistados habían tenido un desempleo de más de seis meses en otro tramo anterior de sus trayectorias.

3 Diferentes son las trayectorias de los seis jefes de hogar menores de treinta años: sólo dos han tenido empleos con una continuidad de tres años o más en su vida adulta, en ocupaciones no fabriles. Tres han tenido sólo inserciones efímeras. Sus trayectorias contrastan abiertamente con las que, a esa misma edad, tenían los jefes de hogar mayores ya analizados. Las trayectorias de estos jóvenes son, en términos generales, similares a las de aquellos beneficiarios no jefes de hogar entrevistados, quienes a su vez pertenecen a este grupo etario.



Un “Rosario” de conflictos. La conflictividad social en clave local

Por Gloria Beatriz Rodríguez*

*Raza de Abel, duerme, bebe y come;
Dios te sonríe complaciente.
Raza de Caín, en el fango
Arrástrate y muere miserablemente*
Abel y Caín, de Rebelión, Baudelaire¹

Las características de la protesta social actual expresan las profundas conmociones provocadas por la última reestructuración capitalista que –buscando la recomposición de la tasa de ganancia a través de la aplicación de políticas neoliberales– redefine las relaciones capital-trabajo. Estas transformaciones han sido acompañadas por cambios culturales sustentados en nuevos contenidos del sentido común, generando un “estilo” donde el mercado se *naturalizó* como *deus ex machina* de la vida cotidiana (Boron, 2000; Rodríguez, 2001). Si la sociedad fue bombardeada con la insistencia en los beneficios del respeto a la *naturaleza* de los mercados –los cuales tenderían a buscar su piso y punto de equilibrio– desde el poder no se reconocieron como *naturales* las respuestas sociales esgrimidas ante la ofensiva neoconservadora. Saqueos, huelgas, cortes de ruta y otras manifestaciones han sido consideradas acciones ‘extemporáneas’ y hasta declaradas ilegales. En otras palabras, el discurso y las acciones han querido ocultar que el *partido* tiene al menos dos grandes *equipos*, y que en el *campo de juego*² las fuerzas rivales intentan *desempatar*³.

Si el sistema capitalista se ha reestructurado para mantenerse en pie, es esperable que las masas desposeídas también lo intenten. Para eso ensayan nuevas formas de pelea, buscan nuevas formas de organización, pero también otorgan nuevos significados a viejas estructuras organizativas recuperando aquellas hebras del tejido aún vigorosas y componiendo una textura que permita resistir y cambiar la relación de fuerzas. En la medida en que el estado ha sido una pieza fundamental en el proceso de reestructuración ca-



pitalista, las luchas populares se han dirigido fundamentalmente contra él.

La protesta social en Rosario se vincula estrechamente con las crisis generales; sin embargo, guarda las particularidades propias de lo concreto, remitiendo a la peculiar combinación de la multiplicidad causal que se presenta en los fenómenos sociales. Para ello, tomando palabras de Marx (1985), “nos pareció mejor estudiar aquellos que fabrican sombreros, que [...] estudiar acerca de la forma de fabricar sombreros”.

Los casos que presentaremos manifiestan ánimo de composición y recomposición de tramas basadas en la participación activa y protagonismo en la toma de decisiones. Trabajadores mercantiles que buscan mantener su fuente de trabajo apoyándose en una comisión de acción gremial que se desarrolla y se sostiene no en oposición sino en el seno de un sindicato de tradición delegativa; estudiantes universitarios que generan una nueva instancia de organización independiente de los aparatos burocráticos, y “piqueteros” que desarrollan acciones centrífugas y centrípetas enfrentando al estado al mismo tiempo en que garantizan su sub-

* Antropóloga. Docente e Investigadora de la Universidad Nacional de Rosario. Coordinadora del Área de Antropología y Trabajo del Centro de Estudios de Historia Obrera.

sistencia inmediata. Los tres casos presentan “estilos” novedosos de protesta y organización, recuperan –en distinta medida– experiencias fértiles de sus tradiciones y dirigen sus demandas al estado, mostrando el carácter contradictorio y dialéctico de la historia.

Analizando el caso argentino, Eduardo Basualdo (2000) se plantea si la reestructuración capitalista y la revancha clasista que conlleva pueden actuar como un impedimento insalvable para el desarrollo y el crecimiento económico en el mediano plazo. En la misma línea –atendiendo la relación íntima, aunque no exclusiva, entre las transformaciones económicas y las sociopolíticas– nos preguntamos si será posible superar la situación en que se encuen-

capacidad de convocatoria no significa, sin embargo, participación acrítica ni incondicional, lo que induce a estas organizaciones a un reposicionamiento respecto de las confrontaciones que provoca el modelo emergente proponiendo alternativas que intentan constituirse en otro polo representacional, susceptible de alcanzar diferentes niveles de adhesión social.

■ Tomando el “pulso” local

Rosario es uno de los aglomerados más importantes de la Argentina. Hasta mediados de los ‘70 se desarrolló allí una intensa actividad industrial, comercial y portuaria albergando a una poderosa clase trabajadora protagonista de



tran la clase trabajadora y los sectores populares, ya sea por el debilitamiento o por la crisis de las organizaciones políticas y gremiales que otrora los contenían⁴. El sindicalismo argentino conservó durante un largo período la legitimidad que le otorgó la capacidad de negociación, confrontación y control sobre las políticas laborales.

Hoy, aún debilitado por los cambios estructurales y el desprestigio, es todavía el vehículo de resistencia de la mayoría del pueblo, como lo demuestra el poder de convocatoria que han tenido los llamamientos a las huelgas generales. Esa

importantes acciones colectivas. La “Resistencia” a la Revolución Libertadora en 1955; el “Rosariazo” en 1969 y el “Rosariazo del hambre” –nombre con el que denomina a los acontecimientos signados por los saqueos de 1989– representan mojones de la irrupción popular en la escena social que han cuestionado, hecho tambalear o desplazado a los gobiernos de turno. La fisonomía del cordón industrial del Gran Rosario acusó los golpes del proceso de desindustrialización iniciado durante el gobierno militar de 1976, mostrando el rostro del desempleo, el subempleo, la precarización y la marginalidad.

Actualmente, el escenario urbano presenta diferentes sectores en conflicto –trabajadores estatales y privados, estudiantes, jubilados, piqueteros, mujeres en lucha por la defensa de la vivienda única, etc.– jaqueados por la presión de un índice de desocupación del 20%.

Si bien la confianza, la representación y la participación son preocupaciones centrales de los sectores en lucha, casi todas las últimas huelgas generales convocadas por las centrales obreras⁵ han tenido la característica de paro activo, con movilización y protagonismo de los trabajadores. La existencia en el plano local de una Multisectorial que reúne a las centrales de trabajadores, junto con gremios independientes y otros sectores populares, permite la organización de acciones conjuntas que tienden a fortalecer las demandas⁶, independientemente de los alineamientos existentes a nivel nacional.

Tomaremos tres experiencias que muestran la complejidad de la conflictividad social local.

■ Trabajadores en lucha por sus puestos de trabajo: el “Proyecto Alternativo de Reactivación” de los trabajadores del ex Hipermercado El Tigre S.A.

En este caso, el conflicto se acelera con la convocatoria a concurso preventivo y posterior quiebra de la firma, precipitando la pérdida de los puestos de trabajo. Frente a esta situación, un importante local céntrico de la empresa fue ocupado por los empleados para impedir el vaciamiento de la misma. Luego de sostener la protesta con reclamos formales, manifestaciones y cortes de calles que acompañaron la ocupación, los trabajadores generaron la propuesta de constituir un Mercado Comunitario (Sociedad del Estado) administrado por un ente compuesto por representantes de los gobiernos provincial y municipal y que cuenta con el respaldo de amplios sectores sindicales, políticos, religiosos, corrientes universitarias, el Honorable Concejo Deliberante⁷ de la ciudad y, fundamentalmente, la simpatía de la población.

El predio ‘tomado’ había pertenecido a la cadena de supermercados de la Cooperativa El Hogar Obrero, desaparecida en 1990, cuando los trabajadores ocuparon el local durante meses, y en una lucha memorable sostuvieron el conflicto hasta lograr el traspaso empresarial y la conservación de los puestos de trabajo. Afirma Borges que al destino le agradan

las repeticiones, las variantes, las simetrías: diez años después, muchos de esos trabajadores vuelven a protagonizar la misma historia, y no como farsa, sino otra vez como tragedia.

Se ha desarrollado un comportamiento gremial que otorga centralidad a la recuperación de los puestos de trabajo generando estrategias que vehiculizan la unificación de las protestas con distintos sectores gremiales y sociales, y generan lazos de reciprocidad entre distintos sectores que garantizan

la presencia constante en la “toma” y la permanencia del apoyo solidario. En este sentido se reactivó –por miembros de la comunidad universitaria– un Centro Cultural que existía en tiempos de El Hogar Obrero, y se estudia la posibilidad de instalar un comedor universitario en

acuerdo con la Universidad Nacional de Rosario. La recuperación de los puestos simbolizaría un gol para la clase trabajadora y para quienes comienzan a indicar un sendero de cómo organizar democráticamente una lucha.

Las autoridades aún no se han definido. En tanto, el conflicto se desarrolla en un “tire y afloje” donde no está ausente la novedosa “criminalización de la protesta social”, citándose a declarar a varios trabajadores bajo el cargo de usurpación.

Una aspecto gravitante en esta experiencia es que parte de estos trabajadores venían participando en la constitución de una Comisión de Acción Gremial en el seno de la Asociación Empleados de Comercio de Rosario⁸. Esta Comisión de activistas surge cuando los conflictos con los supermercados se sucedían ininterrumpidamente⁹ y se fue fraguando en la lucha por la vigencia de la Ley de Descanso Dominical. En ese transcurso comienza un proceso de protagonismo gremial de los empleados, que anteriormente delegaban sus demandas en las distintas oficinas del sindicato, iniciándose una “apropiación” de las experiencias y la resolución protagónica de las problemáticas gremiales.

La Comisión se ha desarrollado promoviendo la movilización, la difusión de sus demandas, llevando su solidaridad a otros sectores en lucha e incorporando cada vez más miembros en la discusión y decisión de las actividades¹⁰. Lo distintivo no es sólo su funcionamiento, participativo y democrático, sino que se constituye como un lugar de *encuentro* y *transmisión* de *experiencias* provenientes de *culturas* obreras diferentes, ya sea por proceder de distintos gremios o por pertenecer a franjas etarias distantes. Una herramienta de trabajo del grupo es la publicación *La hoja mercantil*, cuyo contenido se discute en las reuniones y cuya distribución se reali-

“...comienza un proceso de protagonismo gremial de los empleados, que anteriormente delegaban sus demandas en el sindicato, iniciándose una “apropiación” de las experiencias y la resolución protagónica de las problemáticas gremiales.”

za mano en mano, garantizando un estrecho contacto con el conjunto del gremio¹¹. Esta publicación difunde los problemas de los trabajadores mercantiles, llama a la solidaridad con otros gremios en lucha y relata alguna anécdota cotidiana que remite a la apropiación de las experiencias. Es en la difusión de estas ‘anécdotas’ donde se revitalizan hebras de la experiencia social que no están totalmente destruidas, que demandan la atención de los críticos sociales y que muestran, como decía Santiago Wallace, que “en algún nivel se están gestando espacios posibles de resistencia.” (Wallace, 1997).

■ **Estudiantes universitarios: entre el rechazo a los ‘aparatos’ y el temor a la dispersión**

Aprobada en el mes de julio la Ley Déficit Cero, el ajuste cae principalmente sobre los jubilados y empleados estatales¹². Con un descuento inicial del 13% en sus salarios, los docentes universitarios inician un proceso de lucha que aún se extiende, en contra del ajuste presupuestario y por la defensa de la universidad pública.

Si bien se trata del más importante conflicto de alcance nacional, nos interesa tratar el surgimiento de las Coordinadoras de Lucha en la Universidad Nacional de Rosario (UNR) por el carácter masivo de la participación y movilización –fundamentalmente estudiantil– y por el cuestionamiento furibundo hacia los aparatos burocráticos.

Con la determinación de generar espacios autónomos de deliberación para la defensa de la universidad pública y gratuita se forma La Coordinadora de Lucha Interclaustró en la Facultad de Humanidades y Artes, iniciándose un proceso de participación masiva que se hace extensivo a otras facultades. “Paremos el ajuste cambiando el sistema” es la consigna de una bandera gigante que cuelga en la entrada de la facultad, pintada por estudiantes que comenzaron a sentirse protagonistas de las asambleas, clases públicas, peñas, marchas, *batucadas* e incontables actividades, entre las que sobresalieron el abrazo al Monumento Nacional a la Bandera –con miles de personas repudiando la política gubernamental– y la creativa puesta en escena “UNR Liquida”¹³.

La característica sobresaliente de las Coordinadoras –ya en plural al propagarse la modalidad organizativa a otras facultades– fue el rechazo al burocratismo de los Centros de Estudiantes, pero extensivo a cualquier encuadramiento partidario o representación que subsumiera o redujera la dinámica colectiva del proceso. “Ni un partido político, ni una institución estatal podrían haber llevado a cabo esta experiencia. Quienes hicieron esto son aquellos que no llevan adentro la rutinaria militancia de la mesita y el panfleto; los que se dan el lujo de pensar la realidad de mil formas distin-

tas y eso no les impide hacer [...] Sin duda todo esto fija un antes y un después en el movimiento estudiantil.”, señala un estudiante en el Boletín de Las Coordinadoras.

Ciertamente, una constelación de heterogeneidades hermanadas bajo el común rechazo a las formas tradicionales de hacer política encuentra su lugar en las Coordinadoras. El arco iris va desde la resistencia a todo tipo de representación a la pretensión de conformarse como lista alternativa que dispute la conducción de los centros estudiantiles. Abrumados por la participación directa en innumerables tareas votadas en las asambleas y angustiados por la inexperiencia, los estudiantes reflexionan sobre la dinámica de sus propias prácticas repasando esta experiencia en donde asoman distintas proyecciones alternativas o superpuestas: la Coordinadora como *locus* de democracia directa; la Coordinadora como espacio efervescente desde donde se derraman la creatividad y la autodeterminación; la Coordinadora como lista para las próximas elecciones de centros estudiantiles.

La complejidad de los procesos sociales muestra que al tiempo de constituirse como el lugar de encuentro de las heterogeneidades anti-burocráticas, las Coordinadoras han sido también un espacio de organización y de poder incipientes. Se han organizado para protestar, para proponer nuevas formas de producción académica, para hacer banderas, afiches y volantes, para editar un boletín, para recaudar fondos, para manejar esos fondos, para solidarizarse con los



trabajadores que luchan, para aportar fondos a los trabajadores que luchan. Han mostrado su capacidad de convocatoria frente al oficialismo y, sin embargo, persiste un terrible temor a proponerse y reconocerse como lo que en los hechos son: una alternativa política, inexperta, débil, en formación, pero altamente saludable.

■ El movimiento piquetero local

Un conjunto de particularidades que se observan a nivel local respecto de los piqueteros, previene sobre el uso de categorías acabadas. Es decir, no queremos realizar definiciones que eviten la ‘fatiga de la investigación empírica’, la que siempre nos muestra y nos demuestra que los procesos sociales son dinámicos y no existen las formas puras. En ese sentido, nos referiremos por el momento y provisoriamente, a los piqueteros en la ciudad de Rosario.

No es poco frecuente que se los considere como nuevos sujetos sociales colectivos que desarrollan actividades de resistencia. Pero el término *piqueteros* alude a conjuntos que se sostienen históricamente y locativamente en formas diferentes. No son lo mismo los trabajadores de la General Motors que con un piquete en día de huelga impiden el ingreso a la fábrica, o los que cortan la ruta demandando la reincorporación de despedidos, que los piquetes barriales cortando rutas o calles en demanda de planes de trabajo, o los que se realizan en las puertas de los supermercados pidiendo alimentos, etc.

Todos son, sin embargo, un modo de protesta que se ha generalizado al ritmo de la presión del desempleo.

El movimiento de piqueteros en Rosario está coordinado por Federación de Tierra y Vivienda (FTV) de la que participan la rama Barrios de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), la Corriente Clasista y Combativa (CCC), y comunidades eclesiales. Se organizan a través de Centros Comunitarios, desde donde dirigen sus demandas al estado.

La Federación de Tierra y Vivienda se afirma en Rosario durante el año 2000 con la Marcha Grande, y el Seguro de Empleo y Formación. Nació alrededor del problema de los asentamientos irregulares, pero actualmente “mantener, sostener y conseguir los planes de empleo”¹⁴ constituye el motor fundamental de todas las peleas y el punto de encuentro de todos los sectores que conforman la Federación.

No se trata de un nucleamiento homogéneo: la composición de los grupos varía en virtud de las tradiciones que portan. En los barrios donde la mayoría de la población es estructuralmente pobre, salir a pedir comida para la olla del Centro Comunitario es una actitud *natural*, pero en aquellos otros que están habitados por trabajadores –activos o desocu-



pados– con tradiciones de clase, el orgullo y la vergüenza delegan la demanda en manos de las mujeres, quienes salen a la calle a resolver la inmediatez del problema del alimento¹⁵.

Se organizan en reuniones abiertas donde participan representantes de distintos barrios, siendo más numerosas aquellas en que se discute la obtención de planes de empleo. En su demanda, se han realizado movilizaciones conjuntas de todos los sectores de la Federación a través de marchas, cortes e instalaciones de carpas.

Los centros comunitarios y la participación crecen cuantitativamente, y al reclamo de planes de empleo se suman demandas de bolsones de comida en supermercados o en organizaciones gremiales dispuestas a distribuirlos. El encuentro diario para comer se fue dando naturalmente, encaminándose como espacio de contención. “...para nosotros es bueno, porque de hecho la gente no come en sus casas..., aunque ese no sea nuestro objetivo final”, señala un dirigente.

Si el problema fundamental es el aseguramiento del alimento, esto sería un indicador de que se trata de una lucha de *consumidores* que plantea expectativas diferenciales respecto de su dinámica política. El tipo de reclamo cita a los saqueos producidos en la ciudad de Rosario en 1989, donde –en medio de una crisis inflacionaria sin precedentes– una marea humana se volcó a los supermercados en procura de alimen-

tos. Para entonces, el cordón industrial de Rosario y Gran Rosario estaba profundamente afectado por el proceso de desindustrialización, y los índices de desocupación ascendían al 14%.

Actualmente el cordón industrial es un lejano recuerdo, y la ciudad ocupa el segundo lugar nacional en número de desocupados, llegando los guarismos al 20%. “Las autoridades no toman conciencia de que el estallido que se viene es mucho peor que el del ‘89”, afirmó el padre Joaquín Núñez. “Mientras que en aquel momento había una situación política especial que dio marco a los saqueos, ahora la gente sólo pide comida (...), la sociedad está paralizada y existe una gran alarma por el futuro que se viene”, declara en el marco del Primer Encuentro de Capellanes Hospitalarios del Cono Sur¹⁶.

¿Por qué no se han producido revueltas al estilo del ‘89? La situación objetiva se presenta como un escenario propicio, y el tema de los saqueos es constante en los barrios, donde ya resultan insuficientes las políticas asistencialistas que el estado implementó a partir de los sucesos de 1989.

Un aspecto a estudiar –entre otros– es el encauce que ofrecen las organizaciones como la FTV, que sin la intención de actuar como elemento de contención “(canalizan) la cosa por el lado de la organización. En el ‘89 no había organizaciones de este tipo en los barrios...”, “si no hacemos los piquetes, vienen los saqueos. No hay una instancia más intermedia”¹⁷.

■ Poder saber, saber hacer...

Atendiendo los profundos procesos de cambio social, es necesario más que nunca investigar los contenidos cualitativos de las acciones que permitan establecer regularidades explicativas. La discusión es crucial y puede progresar dentro de los contextos donde se producen los conflictos. Quedan muchos interrogantes a trabajar. Entre ellos, cuál es el contenido y el límite político de estas demandas dirigidas principalmente al estado.

Ya se ha planteado el problema de la fragmentación de las protestas como un rasgo característico de los movimientos sociales que obstaculiza la unidad (Vakaloulis, 2000). No se trata de una cuestión menor, ya que “Si se consigue aislar a la gente lo suficiente, no importa en realidad lo que piense” (Chomsky, 1995) La experiencia local muestra el desarrollo de comportamientos que intentan superar el ais-

lamiento y desarrollar la participación, pero aún son insuficientes. Rosario es una constelación de conflictos que apa-

recen como manchones en la geografía local. Docentes universitarios, docentes provinciales, trabajadores del estado, de la industria láctea, de la carne, automotrices, portuarios, mercantiles, estudiantes, piqueteros, mujeres en defensa de la vivienda única, gays, jubila-

dos, relampaguean alternativamente. En ocasiones, la potencia de algunos de estos sectores ilumina suficientemente el panorama y convoca a la unidad, pero aún no llegan a desencadenar la tormenta.

“...En el ‘89 no había organizaciones de este tipo en los barrios..., (hoy) si no hacemos los piquetes, vienen los saqueos. No hay una instancia más intermedia.”

■ Bibliografía

Azpiazu, D. y Nochteff, H. 1995 *El desarrollo ausente. Restricciones al desarrollo, neoconservadurismo y elite económica en la Argentina. Ensayos de Economía Política* (Buenos Aires: Flasco –Tesis/Norma).

Basualdo, Eduardo 2000 *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa* (Buenos Aires: UNQuilmes, Flasco, Idep.).

Boron, Atilio 2000 *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).

Bourdieu, Pierre 1995 *Respuestas. Por una antropología reflexiva* (México: Grijalbo).

Chomsky, Noam 1995 *Política y cultura a finales del Siglo XX* (Barcelona: Ariel).

Marx, K. y Engels, F. 1985 (1932) *La ideología alemana* (Buenos Aires: Pueblos Unidos).

Rodríguez, Gloria 2001 “Notas para pensar el ordenamiento natural de la economía y la naturaleza de las respuestas sociales. La ley natural de la oferta y la demanda, reserva de mercados y privatizaciones en la Argentina”, en *Revista de la Escuela de Antropología* N° V, en prensa.

Vakaloulis, Michel 2000 “Antagonismo social y acción colectiva” en *OSAL* (Buenos Aires) N° 2, Septiembre.

Wallace, Santiago 1997 “Trabajo y subjetividad. Las transformaciones en la significación del trabajo”. *Actas de las Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata* (Rosario: Escuela de Antropología-UNR).

■ Notas

1 Baudelaire reconoce en Caín, desde su comprensión libre de los desheredados, al fundador de la raza proletaria.

2 También para P. Bourdieu (1995) los sistemas de clasificación constituyen la *postura de luchas* que oponen “a los individuos y los grupos en las interacciones rutinarias de la vida cotidiana, lo mismo que en las contiendas individuales y colectivas que se verifican en los campos de la política y de la producción cultural”. Un campo es un *espacio de conflictos y competición*, donde se busca imponer un tipo específico de autoridad, de manera de poder decretar jerarquías y “tasas de conversión” entre las diversas autoridades del campo.

3 Azpiazu y Nochteff (1995) sostienen que durante la etapa de la industrialización sustitutiva de importaciones lideradas por empresas transnacionales (ISIET) se asistió a un *empate social* que acotó el comportamiento de la élite en el marco de un proceso industrial relativamente dinámico.

4 Planteamos el término ‘contención’ en el doble sentido de inclusión morigeradora de asimetrías y de sofrenado de comportamientos explosivos.

5 Confederación General del Trabajo (CGT); CGT Rebelde, ambas en proceso de unificación y Central de Trabajadores Argentinos (CTA).

6 La Multisectorial está integrada por la Confederación General del Trabajo (CGT), la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), gremios independientes, organis-

mos de derechos humanos, Federación Universitaria de Rosario (FUR), Federación Agraria, Asociación de Pequeños y Medianos Empresarios (APyME) y partidos políticos.

7 “El Honorable Concejo Municipal expresa su respaldo a las gestiones que llevan adelante los trabajadores del Supermercado Tigre (Tucumán 1349) con el objetivo de sostener sus puestos de trabajo y concretar un emprendimiento económico que dé respuesta a sus necesidades. Antesalas, 24 de septiembre del 2001”.

8 Un dato de importancia cuantitativa y cualitativa es que la Asociación Empleados de Comercio es la entidad sindical numéricamente más importante de la ciudad, agrupando alrededor de 26.000 afiliados activos.

9 Ver “Los constructores de estrategias sindicales. La estructuración de la experiencia social de trabajadores en situación de conflicto en la ciudad de Rosario a fin de milenio”, ponencia presentada por Julián Gindin, Gloria B. Rodríguez y Julia Soul, en la III Reunión de Antropología del Mercosur (RAM)-Misiones, noviembre de 1999.

10 Estas actividades consisten en actos; movilizaciones convocando a todos los sectores gremiales y populares; charlas sobre salud y legislación laboral; cine-debate; cursos sobre historia de movimiento obrero argentino; convocatorias a la participación de intelectuales y profesionales; participación solidaria en los conflictos de otros gremios o sectores populares; participación en las convocatorias realizadas desde instituciones académicas de la universidad o agrupaciones universitarias. El tipo



de funcionamiento recuerda las modalidades y conductas de los inicios del movimiento obrero. A los cursos asisten los trabajadores, pero con la difusión previa de la bibliografía, de manera que la participación es sumamente activa, lo que les permite reflexionar fértilmente sobre sus propios procesos. Un hecho significativo es la conmemoración del 1 de mayo, donde anualmente se entona La Internacional y las palabras del Secretario General insisten en que se trata de un día de lucha, conquistado con la sangre obrera.

11 El sindicato, por su parte, edita el periódico Unión desde hace varias décadas.

12 La Ley de Déficit Cero implica una reducción del déficit fiscal que afecta el salario de los trabajadores estatales y los haberes jubilatorios. Como el gasto del estado depende directamente de la evolución de los ingresos públicos, que como consecuencia de la caída del consumo que provoca el ajuste se ven mermados, la crisis se retroalimenta permanentemente.

13 Refiere a una instalación urbana que, al modo de supermercado callejero, entre otras cosas, ofrecía el “Shampoo Ideal”, con dogma incluido, que “protege tu cabeza contra la realidad social, dejándolo dócil y fácil de manejar”, o títulos inéditos como “Más allá del arancel” o “Lo que el FMI se llevó”. En la carpa de la Federación Universitaria de Rosario (FUR) “se montó el ‘Despelotero’, donde el

juego era ‘tirarse la pelota entre sí y no hacerse cargo’...” Boletín de la Coordinadora, septiembre/octubre.

14 Palabras de un dirigente de la CTA Barrios. Entrevista 11-9-01.

15 En una entrevista reciente un dirigente de la CTA Barrios, plantea que “son diferentes las realidades de los barrios y las distintas culturas que hay en los distintos barrios. Hay barrios donde son pobres estructurales, años de vivir en la villa, y que tienen una forma de rebusque ya... Digamos: pasa un carrito y viene uno de los muchachos que sale con el carrito a las cinco de la mañana, llega a eso de las once del mediodía y tiene pollo, carne, y lo cambia con el que fue a manguear al mercado verdura o lo vende por un peso, y con ese peso él se compra otras cosas (...) y en otros barrios como el mío, donde la mayoría eran laburantes hasta hace seis o siete años atrás, del frigorífico, talleres, eran obreros calificados y que se quedaron sin trabajo. Entonces ahí no está armado el tema de salir a bancar el sustento diario con este tipo de cosas y donde hay una cuestión de... no de orgullo ¡bah!, es de orgullo, también, de decir: no voy a pedir. Y hay que rearmar todo eso porque la realidad te muestra que si no pedís no comés”.

16 Diario El Ciudadano, Rosario, 11 de septiembre de 2001.

17 Dirigente de la FTV, entrevista 17-10-01.

